

0.40
José Martí

PÁGINAS ESCOGIDAS

(RELATOS, CUENTOS Y POESÍAS)

CONFORME A LOS PROGRAMAS VIGENTES
DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA DEL
CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN



COLECCIÓN "PROGRAMA"

LL
1939
MAR



PÁGINAS ESCOGIDAS

DE JOSÉ MARTÍ

Selección y noticia biográfica de GASPAR MORTILLARO

Contiene y supera todo el material indicado por los programas de instrucción primaria que recientemente aprobó el Consejo Nacional de Educación.

Para el grado 1.º Inferior:

Meñique, cuento.

Los dos ruiseñores, cuento.

Bebé y el señor don Pomposo, cuento.

Para 1.º Superior:

Cultivo una rosa blanca, poesía.

Cuentos de elefantes, relato.

La muñeca negra, cuento.

Para 2.º grado:

Cada uno a su oficio, fábula.

Versos sencillos.

Para 3er. grado:

Dos milagros, poesía.

Los zapaticos de rosa, poesía.

Tiene el leopardo un abrigo, poesía.

Para 4.º grado:

La perla de la mora, poesía.

Los dos príncipes, poesía.

Para 5.º grado:

Tres héroes, relato.

Carta a la madre.

Versos sencillos.

El padre Las Casas.

Para 6.º grado:

El centenario de Washington, crónica.

La estatua de la Libertad.

Testamento político.

Los chinos en Nueva York.

Y para todos los amantes de la buena lectura, ya que "Páginas escogidas" de José Martí no debe faltar en ninguna biblioteca.

EDITORIAL ARAUJO

RIVADAVIA 1765
BUENOS AIRES

PAGINAS ESCOGIDAS

Recopilación y Nota biográfica
de GASPAR MORTILLARO

ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Impreso en la Argentina
Printed in Argentine

Imprenta de la EDITORIAL ARAUJO - Rivadavia 1765 - Bs. Aires (R. Argentina)

JOSÉ MARTI

PAGINAS ESCOGIDAS

(RELATOS, CUENTOS Y POESÍAS)

CONFORME A LOS PROGRAMAS VIGENTES
DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA DEL
CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN



EDITORIAL ARAUJO
RIVADAVIA 1765
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

NOTA EDITORIAL

Considerando una especial manera de colaborar con las autoridades educacionales del país, hemos resuelto incluir, en nuestra cada día más difundida COLECCION PROGRAMA, esta selección de relatos, cuentos y poesías del eminente escritor americano José Martí.

Maestros y alumnos tendrán a su alcance el material que de este autor aconseja conocer concretamente, el Programa vigente de instrucción primaria.

Este conjunto de bellísimos trabajos del ilustre literato cubano, llamado el ciudadano de América, se insertan completos, tal como aparecieron originariamente, salvo unos fragmentos de poesías, tal como lo exige el Programa.

Los fragmentos de las antologías corrientes, si bien dan una idea del estilo literario de Martí, no son bastantes a llevar al conocimiento del lector el alma grande, y tierna, y el espíritu profundo y a la vez sencillo del grande hombre.

Aunque este volumen de la Colección PROGRAMA tenga un interés didáctico para la Argentina, por la índole de los trabajos que incluye, es aconsejable su lectura a todos los niños del continente donde de tan particular manera se aprecia la obra de José Martí y se agranda su figura prócer.

EDITORIAL ARAUJO

NOTA BIOGRÁFICA

José Martí, el hombre más puro de la raza

Gabriela Mistral, la gran maestra y poetisa chilena, escribiendo para el álbum de una niña cubana un pensamiento que ésta le pidiera, dice: "No te olvides, si tienes un hermano o un hijo, de que vivió en tu tierra el hombre más puro de la raza, José Martí, y procura formarlo a su semejanza, batallador y limpio como un arcángel".

La cuna de José Martí fué pobre y humilde. Sus padres fueron gente honrada, "—que llevaba la honradez en la médula como lleva el perfume una flor y la dureza una roca—", aunque de poca inteligencia e instrucción. Don Mariano Martí y Navarro había nacido en Valencia (España) y desempeñaba en Cuba, en un barrio de la Habana, Hanabana, las funciones de comisario de la policía. Doña Leonor Pérez y Cabrera, nacida en Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias, era su esposa y compañera, y fué madre de José Martí y Pérez, que vino al mundo el 28 de Enero de 1853.

Completaban la familia tres hermanas de José, llamadas Amelia, Ana y Antonia.

La educación del futuro gran americano se inició en el Colegio San Anacleto, que dirigía don Rafael Sixto Casado. Allí aprendió a escribir correctamente y adquirió nociones de gramática, aritmética, geografía, historia y literatura.

A los diez años, su padre, que nunca pensó que el niño pudiera elevarse a un nivel social e intelectual superior al suyo, lo sacó del colegio para incorporarlo como aprendiz oficinista en la comisaría a su cargo.

El espíritu del futuro libertador se rebeló contra esto. En la comisaría pudo ver y sentir todo el horror, la crueldad y la injusticia del régimen colonizador español en Cuba; de cómo se perseguía al criollo contrario al despotismo de los gobernadores de la isla.

Y se sintió dolorido al ver que su padre formaba parte de aquella organización que impedía a su pueblo vivir en libertad. Y más aún desde que su padre también lo sometía a la obligación de abandonar su propósito de instruirse.

Más tarde, el director del colegio San Pablo, don Rafael María de Mendive, convenció a don Mariano para que permitiera a su hijo seguir bajo su dirección, y luego el mismo lo hizo inscribir en el Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana, en Agosto de 1866.

Mendive fué para Martí el padre que el joven necesitaba. Tolerante y cariñoso, no le abandonó un momento su consejo en su dulzura y amor. En el hogar de este digno maestro, José Martí halló madre cariñosa también en su esposa, la señora Micaela Nin de Mendive.

Y en otro alumno del colegio San Pablo, llamado Fermín Valdés Domínguez, antes condiscípulo del San Anacleto, halló un hermano y amigo del que solo la muerte había de separarlo.

Sin embargo, no dejó de sentir siempre ese amor tierno de los buenos hijos por sus padres y, desde cualquier lugar en que se hallara, constantemente envió expresivas cartas a su madre.

Sufría por lo que creyó incomprensión de los suyos, anhelaba los besos de su madre. La primera carta escrita por el niño Martí había sido para ella que vivía en Habana, cuando él todavía estaba al servicio de don Mariano, en la comisaría de Hanabana. Revela aquella carta el tierno amor filial de "su obediente hijo que la quiere con delirio".

En el Instituto de Enseñanza Secundaria cuyo examen de ingreso aprobó el 27 de Septiembre de 1866, también rindió satisfactoriamente las pruebas de 1.º y 2.º año en 1867 y 1868; pero no consiguió terminar el 3.º por circunstancias que veremos en seguida.

*

* * *

Mendive había sido para Martí, además de un segundo padre y un maestro insustituible, el que hizo nacer, o despertar, sus inclinaciones patrióticas, sus anhelos por la liberación de Cuba. También estimuló don Rafael su vocación literaria y le brindó el aplauso a sus primeros ensayos poéticos fríamente recibidos por su padre.

El ejemplo del maestro fué total. Por simpatizar con el levantamiento patriótico de Yara, a fines de Enero de 1868 fué encarcelado permaneciendo hasta fines de Abril, época en que se le confinó por cuatro años en España.

Durante esta prisión ni un día dejó Martí de visitarlo, solo o acompañando a la esposa de su maestro.

La casa de Mendive fué su hogar cálido. Maestro y alumno se compenetraban, porque se querían como padre e hijo.

Valdés Domínguez, cuyo hogar también fué otro cálido refugio para Martí, cedió siempre sus libros y sus recursos al amigo. Más de una vez enjugó sus lágrimas de desaliento surgidas ante el reproche paterno por su acción patriótica. A la sazón dirigían juntos Fermín y José, *El Diablo Cojuelo*, periódico expresivo de su amor por las letras y la patria que, aprovechando un decreto que daba relativa libertad de imprenta —y cuyos efectos no duraron mucho— se apresuraron a publicar. No apareció sino un número. En él Martí comentó el decreto y sus restricciones, y abogó por el derecho de reunión. Ese fué su primer trabajo periodístico. Apareció el 19 de Enero de 1869.

El 23 de Enero de 1869, apareció *Patria Libre*, en el que Martí publicó su poema dramático *Abdala*, canto bélico en el que se pone en boca de los hijos de Nubia viriles y patrióticos arranques en defensa del país oprimido. En realidad no era sino una forma disimulada de cantar a la libertad soñada de la patria.

Se encontraba en casa de Fermín, cuando supieron que un ex-condiscípulo, se había alistado como oficial español en octubre de 1869. Sin pensarlo dos veces y de común acuerdo ambos escribiéronle la siguiente carta:

“Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo de Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta. — Habana, Octubre 4 de 1869. — José Martí — Fermín Valdés Domínguez.”

Estaba la carta aún sin ensobrar cuando pasó frente a la casa de Valdés Domínguez un escuadrón del Batallón Voluntarios Primero de Ligeros que regresaban de una gran parada. Junto a los dos amigos se hallaban un hermano de Fermín llamado Eusebio, Manuel Sellén y Atanasio Portier. Rieron de la broma de alguno de ellos y esto hizo pensar en un agravio al ejército dominador.

Por la noche fueron apresados los hermanos Valdés Domínguez, el poeta Sellén y el francés Portier. Registrada la casa hallaron la carta y algunos periódicos y fueron de inmediato a prenderlo a Martí.

La causa que se inició con este motivo duró hasta el 4 de Marzo de 1870. Eusebio y Portier fueron extrañados de la isla mientras ocurrieran los sucesos que tenían intranquilos a los dominadores. A Fermín se le impusieron seis meses de arresto mayor y a Martí seis años de presidio.

El joven patriota, al asumir toda la responsabilidad de la carta al ex-condiscípulo que renunciaba a su derecho de ser libre, produjo ante sus jueces un magistral alegato por la libertad de su patria y contra los tiranos. Tan fuertes fueron sus palabras que determinaron al fiscal a pedir para Fermín diez años de presidio y para él la pena de muerte. Pero fué tan elocuente su sinceridad que el veredicto, con ser enorme como castigo de un joven de diez y seis años, fué disminuído considerablemente.

El 4 de abril de 1870 ingresó Martí al Presidio, el 30 de Septiembre se le trasladó a la cárcel, el 10 Octubre se le desterró de la Isla de Pinos y el 15 de Enero de 1871 fué deportado a España.

Los malos tratos sufridos, los castigos, y martirios que padeció fueron valientemente expuestos en un folleto titulado "El Presidio Político en Cuba".

Martí fué marcado con el N.º 113 y se le remacharon grilletes de hierro en ambas piernas. Estos le dejaron profundas huellas que nunca se borraron y determinaron sufrimientos durante el resto de su vida.

Comenzó entonces a formarse el revolucionario. El primer contacto de su alma pura con el poder brutal que dominaba su patria, dice Enrique José Varona, fué ese cruel ultraje a la dignidad humana, respetable siempre, más respetable en la primera mocedad, risueña e inocente."

Desde el presidio, el 28 de Agosto de 1870 envió a su madre un retrato, vestido de presidiario y con el grillete al pie, con la siguiente dedicatoria.

"Mírame madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas
Tu mártir corazón llené de espinas
Piensa que nacen entre espinas flores."

Llegado a Madrid, Martí se inscribió en la Universidad Central y aprobó en 1871, como alumno de enseñanza libre, el primer año de Derecho Romano, y Derecho Político y Administrativo. No pudo aprobar otras materias, aunque se inscribió en ellas, pues estaba enfermo, triste y pobre. Un golpe de cadena recibido en presidio durante los trabajos de canteras le produjo un sarcocele que por dos veces le operaron sin éxito.

Su pobreza lo había reducido a vivir en una buhardilla y a alimentarse apenas con el producto de una lección particular.

Tan abatido y triste se encontraba que ya no tenía esperanzas de poder ser útil a su patria, cuando llegó a su cuartucho el amigo y hermano Valdés Domínguez,

con recursos para que ambos siguieran luchando. Nuevamente fué operado Martí, y aunque no quedó curado, tanto él como Valdés Domínguez decidieron seguir sus carreras, para lo cual se trasladaron a Zaragoza donde la vida era más barata y el clima más propicio. En aquella Universidad, en menos de año y medio de tesonero estudio, Martí rindió las materias que le faltaban del Bachillerato y las de las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, obteniendo las más altas calificaciones, y recibiendo sus títulos de Licenciado en Derecho Civil y Canónico, el 30 de Junio, y de Licenciado en Filosofía y Letras el 24 de octubre de 1874.

Eran días solemnes en las Universidades aquellos en que el pobre cubano rendía sus exámenes, tanto era el brillo de sus disertaciones.

Un trabajo suyo sobre "La República española ante la revolución cubana" vió la luz en 1873. En él señala con dolor cómo los republicanos españoles que habían logrado libertarse de los reyes no consentían que Cuba también obtuviera su autonomía.

Ejerció el periodismo y la enseñanza en Méjico y Guatemala, pasando luego a la Habana de donde volvió a ser deportado a España por su constante obra de conspirador.

Escapado de España se radica en Nueva York. Allí ejerce también la enseñanza y el periodismo. Traduce un tratado de lógica, publica dos libros de poesía: "Ismaelillo", dedicado a su hijito; y "Versos libres".

En 1883 puede llevar a su padre consigo a Nueva York, ya cambiado éste de tirano en admirador de su hijo, gozoso de que diera a su vida una meta tan brillante como la de procurar emanciparla del yugo de España.

Pronto, para sostenerse y poder trabajar por su país, Martí se traslada a Caracas, luego vuelve a Méjico, está en Santo Domingo, en Haití, en Colombia, y otra vez en Estados Unidos.

Es ahora cuando Martí hace más intensa su labor como maestro. En la revista "La América", de 1882 a 1884, que él dirigió en el último tiempo, publica hermosos artículos sobre asuntos de educación. En uno de ellos formula un interesante proyecto sobre *Maestros Ambulantes*, "maestros de guajiros", para terminar con el analfabetismo de los pueblos recién venidos a la libertad.

Expresa siempre cariñosas ideas para los niños, aboga por que no se usen tratamientos brutales en su educación, expresa su anhelo de que todo lo que se enseñe sea verdadero, "a los niños no debe decirse más que la verdad", los padres deben ser suaves y cariñosos.

En 1889 publicó en Nueva York la revista para los niños llamada "La Edad de Oro", donde vuelca toda su ternura. En todos los artículos de los cuatro números publicados, que él escribió o tradujo íntegramente, trata de inculcar a los niños sentimientos de bondad hacia los humildes, de amor hacia los indefensos, de defensa hacia los esclavizados, sean indios o negros o trabajadores pobres.

Al dejar de aparecer "La Edad de Oro", vuelve a entregarse a la actividad revolucionaria. Ejerce la representación consular de Argentina, Paraguay y Uruguay, que renuncia en 1891 por imposición del Gobierno español ante sus representados, ya que Martí era para España un rebelde insurrecto. En 1893 combatió la dominación española en Cuba con las armas en la mano; y el 19 de Mayo de 1895, cuando sólo tenía 42 años cayó muerto en un combate contra el ejército real en la ciudad de Dos Ríos.

Como el personaje de su poema Abdala, él dió la vida por la libertad de su patria.

El sentimiento de la libertad que siempre alentó, al extremo de que por él dejó familia y hogar, está bien expresado en el trabajo "Tres héroes..." con el que enseña a los niños, —"los niños que son la esperanza del mundo"— "que la libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y hablar sin hipocresía".

Escritor profundo, sencillo y de hermoso estilo, Martí había vertido su talento en múltiples publicaciones, entre otras "Patria libre", "La revista Universal", "La revista Venezolana", "La opinión nacional", etc. Fué colaborador de "La Nación" de Buenos Aires.

Aparte de las obras ya mencionadas en la biografía que acabamos de trazar, merecen citarse sus libros de versos: "Versos libres", "Versos cubanos", "Versos sencillos", su poema "A mis hermanos muertos el 27 de noviembre", el estudio del "Poema del Niágara" de Pérez Bonalde, y "Un poeta" de Francisco Sellén. Para el teatro produjo "Amistad funesta", comedia, y "Amor con amor se paga". (Méjico, 1876).

He tratado de realizar —tomando de diversas fuentes las informaciones— una biografía sintética y rigurosamente cronológica de José Martí, el ciudadano de América.

Ojalá haya logrado con esto despertar en los niños un sentimiento de admiración por este esforzado luchador de la libertad.

GASPAR MORTILLARO



TRES HEROES

(BOLIVAR, HIDALGO Y SAN MARTIN)

CUENTAN que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó donde se comía ni se dormía, sino como se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el

gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga o, morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su deco-

ro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de Méjico. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fué más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

BOLIVAR

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido, que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto. Ese fué el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba. Lo habían derrotado los españoles: lo habían echado del país. El se fué a una isla, a ver su tierra de cerca, a pensar en su tierra.

Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie. Volvió un día a pelear, con trescientos héroes, con los trescientos libertadores. Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto, ni se peleó mejor, en el mundo por la libertad. Bolívar no defendió con tanto fuego el derecho de los hombres a gobernarse por sí mismos, como el derecho de América a ser libre. Los envidiosos exageraron sus defectos. Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo, en la casa de un español en Santa Marta. Murió pobre, y dejó una familia de pueblos.

HIDALGO

Méjico tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por muchos: media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal, y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años. Desde niño fué el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos de

siglo diez y ocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vió a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vió maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música, que consuela; la cría del gusano, que dá la seda; la cría de la abeja, que dá miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a Méjico libre. El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con música y vivas. Al otro día juntó el ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. El fabricó lanzas y granadas de mano. El dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. El declaró libres a los negros. El les devolvió sus tierras a los indios. El publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete

mil indios con flechas, y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. El les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande! Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería que fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia, y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula, en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados. Pero Méjico es libre.

SAN MARTIN

San Martín fué el libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey. Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándole tiros y más tiros desde un rincón del monte: al

niño lo encontraron muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía, como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén, y lo hicieron teniente coronel. Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire. En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber?: llegó a Buenos Aires; no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fué San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera. En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo el cruel de Venezuela: Hidalgo estaba muerto: O'Higgins salió huyendo de Chile; pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América. Hay hombres así, que no pueden ver esclavitud. San Martín no podía; y se fué a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fríos: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían yerba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Chacabuco, lo derrota para siempre en la batalla de Maipo. Liberta a Chile. Se embarca con su tropa, y va a libertar el Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mer-

cedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú. Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Esos son héroes: los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

LOS DOS RUISEÑORES

(VERSION LIBRE DE UN CUENTO DE ANDERSEN)

EN China vive la gente en millones, como si fuera una familia que no acabase de crecer, y no se gobiernan por sí, como hacen los pueblos de hombres, sino que tienen de gobernante a un emperador ⁽¹⁾, y creen que es hijo del cielo, porque nunca lo ven sino como si fuera el sol, con mucha luz por junto a él, y de oro el palanquín en que lo llevan, y los vestidos de oro. Pero los chinos están contentos con su emperador, que es un chino como ellos. Lo triste es que el emperador venga de afuera, dicen los chinos, y nos coma nuestra comida, y nos mande matar porque queremos pensar y comer, y nos trate como a sus perros y como a sus lacayos! Y muy galán que era aquel emperador del cuento, que se metía de noche la barba larga en una bolsa de seda azul, para que no lo conocieran, y se iba por las casas de los chinos pobres, repartiendo sacos de arroz y pescado seco, y hablando con los viejos y los niños, y leyendo, en aquellos libros que empiezan por la última página, lo que Confucio dijo de los perezosos, que eran peor que el veneno de las culebras, y lo que dijo de los que aprenden de memoria sin

(1) En 1912, China se declaró estado republicano federal.
(F. del C.)

preguntar por qué, que no son leones con alas de paloma, como debe el hombre ser, sino lechones flacos, con la cola de tirabuzón y las orejas caídas, que van donde el porquero les dice que vayan, comiendo y gruñendo. Y abrió escuelas de pintura, y de bordados, y de tallar la madera; y mandó poner preso al que gastase mucho en sus vestidos, y daba fiestas donde se entraba sin pagar, a oír las historias de las batallas y los cuentos hermosos de los poetas; y a los viejecitos los saludaba siempre como si fuesen padres suyos; y cuando los tártaros bravos entraron en China y quisieron mandar en la tierra, salió montado a caballo de su palacio de porcelana blanca y azul, y hasta que no echó al último tártaro de su tierra, no se bajó de la silla. Comía a caballo; bebía a caballo su vino de arroz; a caballo dormía. Y mandó por los pueblos unos pregoneros con trompetas muy largas, y detrás unos clérigos vestidos de blanco que iban diciendo así: "¡Cuando no hay libertad en la tierra, todo el mundo debe salir a buscarla a caballo!" Y por todo eso querían mucho los chinos a aquel emperador galán, aunque cuentan que eran muchas las golondrinas que dejaban sin nido, porque le gustaba mucho la sopa de nidos; y que una vez que otra se ponía a conversar con un frasco de vino de arroz; y lo encontraban tendido en la estera, con la barba revuelta en el suelo, y el vestido lleno de manchas. Esos días no salían las mujeres a la calle, y los hombres iban a su quehacer con la cabeza baja, como si les diera vergüenza ver el sol. Pero eso no sucedía muchas veces, sino cuando se ponía triste porque los hombres no se querían bien ni hablaban la verdad; lo de

siempre era la alegría, la música, el baile, los versos, y el hablar de valor y de las estrellas; y así pasaba la vida del emperador, en su palacio de porcelana blanco y azul.

Hermosísimo era el palacio, y la porcelana hecha de la pasta molida del mejor polvo kaolín, que da una porcelana que parece luz, y suena como la música, y hace pensar en la aurora, y en cuanto empieza a caer la tarde. En los jardines había naranjos enanos, con más naranjas que hojas; y peceras con peces de amarillo y carmín, con cinto de oro; y unos rosales con rosas rojas y negras, que tenían cada una su campanilla de plata, y daban a la vez música y olor. Y allá al fondo había un bosque muy grande y hermoso, que daba al mar azul, y en un árbol de los del bosque vivía un ruiseñor, que les cantaba a los pobres pescadores canciones tan lindas, que se olvidaban de ir a pescar; y se les veía sonreír del gusto, o llorar de contento, y abrir los brazos, y tirar besos al aire, como si estuviesen locos. “¡Es mejor el vino de la canción que el vino de arroz!” decían los pescadores. Y las mujeres estaban contentas, porque cuando el ruiseñor cantaba, sus maridos y sus hijos no bebían tanto vino de arroz. Y se olvidaban del canto los pescadores cuando no lo oían; pero en cuanto lo volvían a oír, decían, abrazándose como hermanos: “¡Qué hermoso es el canto del ruiseñor!”

Venían de afuera muchos viajeros a ver el país; y luego escribían libros de muchas hojas, en que contaban la hermosura del palacio y el jardín, y lo de los naranjos, y lo de los peces, y lo de las rosas roji-negras; pero todos los libros decían que el ruiseñor era lo más

maravilloso; y los poetas escribían versos al ruiseñor que vivía en un árbol del bosque, y cantaba a los pobres pescadores los cantos que les alegraban el corazón; hasta que el emperador vió los libros, y del contento que tenía le dió con el dedo tres vueltas a la punta de la barba, porque era mucho lo que celebraban su palacio y su jardín; pero cuando llegó a donde hablaban del ruiseñor: “¿Qué ruiseñor es éste —dijo—, que yo nunca he oído hablar de él? ¡Parece que en los libros se aprende algo! ¡Y ésta gente de mi palacio de porcelana, que me dice todos los días que yo no tengo nada que aprender! ¡Venga ahora mismo el mandarín mayor!” Y vino, saludando hasta el suelo, el mandarín mayor, con su túnica de seda azul celeste, de florones de oro. “¡Puh! ¡puh!” contestaba el mandarín hinchando la cabeza, a todos los que le hablaban. Pero al emperador no le decía ni “¡puh!” ni “¡pih!” sino que se echaba a sus pies, con la frente en la estera, esperando, temblando, hasta que le decía “¡levántate!” el emperador.

—¡Levántate! ¿Qué pájaro es éste de que habla este libro, que dicen que es lo más hermoso de todo mi país?

—Nunca he oído hablar de él, nunca —dijo el mandarín, arrodillándose en el aire, y con los brazos cruzados—; no ha sido presentado en palacio.

—¡Pues en palacio ha de estar esta noche! ¿Que el mundo entero sabe mejor que yo lo que tengo en mi casa?

—Nunca he oído hablar de él, nunca —dijo el mandarín; dió tres vueltas redondas, con los brazos abiertos, se echó a los pies del emperador, con la frente en la

estera, y salió de espaldas, con los brazos cruzados, y arrodillándose en el aire.

Y el mandarín empezó a preguntar a todo el palacio por el pájaro. Y el emperador mandaba a cada media hora a buscar al mandarín.

—Si esta noche no está aquí el pájaro, mandarín, sobre las cabezas de los mandarines he de pasear esta noche.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé!— salió diciendo el mandarín mayor, que iba dando vueltas, con los brazos abiertos, escaleras abajo. Y los mandarines todos se echaron a buscar al pájaro, para que no pasease a la noche sobre sus cabezas el emperador. Hasta que fueron a la cocina del palacio, donde estaban guisando pescado en salsa dulce, e inflando bollos de maíz, y pintando letras coloradas en los pasteles de carne; y allí les dijo una cocinera, de color de aceituna y de ojos de almendra, que ella conocía el pájaro muy bien, porque de noche iba por el camino del bosque a llevar las sobras de la mesa a su madre que vivía junto al mar, y cuando se cansaba al volver, debajo del árbol del ruiseñor descansaba, y era como si le conversasen las estrellas cuando cantaba el ruiseñor, y como si su madre le estuviera dando un beso.

—¡Oh, virgen china! —le dijo el mandarín—; ¡digna y piadosa virgen!, en la cocina tendrás siempre empleo, y te concederé el privilegio de ver comer al emperador, si me llevas a donde el ruiseñor canta en el árbol, porque lo tengo que traer a palacio esta noche.

Y detrás de la cocinera se pusieron a correr los mandarines, con las túnicas de seda cogidas por delante,

y la cola del pelo bailándoles por la espalda; y se les iban cayendo los sombreros picudos. Bramó una vaca, y dijo un mandarincito joven:— “¡Oh, que robusta voz! ¡qué pájaro magnífico!”— “Es una vaca que brama”, dijo la cocinerita. Graznó una rana, y dijo el mandarincito:— “¡Oh, qué hermosa canción, que suena con las campanillas!”— “Es una rana que grazna”, dijo la cocinerita. Y entonces rompió a cantar de veras el ruiseñor.

—¡Ese, ese es! —dijo la cocinerita—, y les enseñó un pajarito, que cantaba en una rama.

—¡Ese! —dijo el mandarín mayor—; nunca creí que fuera una persona tan diminuta y sencilla; ¡nunca lo creí! O será, mandarines amigos ¡sí, debe ser! que al verse por primera vez frente a nosotros los mandarines, ha cambiado de color.

—¡Lindo ruiseñor! —decía la cocinerita—; el emperador desea oírte cantar esta noche.

—Y yo quiero cantarle, contestó el ruiseñor, soltando al aire un ramillete de arpegios.

—¡Suena como las campanillas, como las campanillas de plata! —dijo el mandarincito.

¡Lindo ruiseñor! a palacio tienes que venir, porque en palacio es donde está el emperador.

—A palacio iré, iré —cantó el ruiseñor, con un canto como un suspiro—; ¡pero mi canto suena mejor en los árboles del bosque!

El emperador mandó poner el palacio de lujo; y resplandecían con la luz de los faroles de seda y de papel los suelos y las paredes; las rosas roji-negras estaban en los corredores y los atrios, y resonaban sin cesar, entre

el bullicio del gentío, las campanillas; en el centro mismo de la sala, donde se le veía más, estaba un paral de oro, para que el ruiseñor cantase en él; y a la cocinerita le dieron permiso para que se quedase en la puerta. La Corte estaba de etiqueta mayor, con siete túnicas y la cabeza acabada de rapar. Y el ruiseñor cantó tan dulcemente que le corrían en hilo las lágrimas al emperador; y los mandarines, de veras, lloraban; y el emperador quiso que le pusieran al ruiseñor al cuello su chinela de oro; pero el ruiseñor metió el pico en la pluma del pecho, y dijo "gracias" en un trino tan rico y vigoroso, que el emperador no lo mandó matar porque no había querido colgarse la chinela. Y en su canto decía el ruiseñor: "No necesito la chinela de oro, ni el botón colorado, ni el birrete negro, porque ya tengo el premio más grande, que es hacer llorar a un emperador".

Aquella noche, en cuanto llegaron a sus casas, todas las damas tomaron sorbos de agua, y se pusieron a hacer gárgaras y gorgoritos, y ya se creían muy finos ruiseñores. Y la gente de establo y cocina decía que estaba bien, lo que es mucho decir, porque esa es gente que lo halla mal todo. Y el ruiseñor tenía su caja real, con permiso para volar dos veces al día, y una en la noche. Doce criados de túnica amarilla lo sujetaban cuando salía a volar por doce hilos de seda. En la ciudad no se hablaba más que del canto, y en cuanto uno decía "ruí..." el otro decía "...señor". Y llamaban "ruiseñor" a los niños que nacían, pero ninguno cantó nunca una nota.

Un día recibió el emperador un paquete, que decía "El Ruiseñor" en la tapa, y creyó que era otro libro so-

bre el pájaro famoso; pero no era libro, sino un pájaro de metal que parecía vivo en su caja de oro, y por plumas tenía zafiros, diamantes y rubíes, y cantaba como el ruiseñor de verdad en cuanto le daban cuerda, moviendo la cola de oro y plata; llevaba al cuello una cinta con este letrero: “¡El ruiseñor del emperador de China es un aprendiz, junto al del emperador del Japón!”

“¡Hermoso pájaro es!” dijo toda la corte, y le pusieron el nombre de “gran pájaro internacional”; porque se usan estos nombres en China, pomposos y largos; pero cuando puso el emperador a cantar juntos al ruiseñor vivo y al artificial, no anduvo el canto bueno, porque el vivo cantaba como le nacía del corazón, sincero y libre, y el artificial cantaba a compás, y no salía del valse.

—“¡A mi gusto! ¡esto es a mi gusto!” decía el maestro de música; y cantó sólo el pájaro de las piedras, tan bien como el vivo. ¡Y luego, tan lleno de joyas que relumbraban, lo mismo que los brazaletes, los joyeles, y los broches! Treinta y tres veces seguidas cantó la misma tonada sin cansarse, y el maestro de música y la Corte entera lo hubieran oído con gusto una vez más, si no hubiese dicho el emperador que el vivo debía cantar algo. ¡El vivo? Lejos estaba, lejos de la Corte y del maestro de música. Los vió entretenidos, y se les escapó por la ventana.

—¡Oh pájaro desagradecido!— dijo el mandarín mayor, y dió tres vueltas redondas, y se cruzó de brazos.

—Pero mejor mil veces es este pájaro artificial —decía el maestro de música—; porque con el pájaro vivo,

nunca se sabe como va a ser el canto, y con éste, se está seguro de lo que va a ser; con éste todo está en orden, y se le puede explicar al pueblo las reglas de la música.

Y el emperador dió permiso para que el domingo sacase el maestro al pájaro a cantar delante del pueblo, que parecía muy contento, y alzaba el dedo y decía que sí con la cabeza; pero un pobre pescador dijo "que él había oído al ruiseñor del bosque, y que éste no era como aquél, porque le faltaba algo de adentro, que él no sabía lo que era". El emperador mandó desterrar al ruiseñor vivo, y al otro de la caja se lo pusieron a la cabecera, en un cojín de seda, con muchos presentes de joyas y de argentería, y lo llamaban por título de Corte "cantor de alcoba y pájaro continental, que mueve la cola como el emperador se la manda mover". Y el maestro de música se sintió tan feliz que escribió un libro de veinticinco tomos sobre el ruiseñor artificial, con muchos esdrújulos y palabras de extraña sabiduría; y la Corte entera dijo que lo había leído y entendido, de miedo de que los tuviesen por gente fofa y de poca educación, y de que el emperador se pasease sobre sus cabezas.

Pasó un año, y emperador, corte y país conocían como cosa de sí mismos cada gorjeo, y vuelta del "pájaro continental"; y como que lo podían entender, lo declaraban magnífico ruiseñor. Cantaban su valse los cortesanos todos. Y los chicuelos de la calle. Y el emperador lo cantaba también, y lo bailaba, cuando estaba solo con su vino de arroz. Era un valse el imperio, que andaba a compás, con mucho orden, al gusto del maestro de música. Hasta que una noche, cuando estaba el pája-

ro en lo mejor del canto, y el emperador lo oía, tendido en su cama de randas y colgaduras, saltó un resorte de la máquina del ruiseñor, como huesos que se caen sonaron las ruedas, paró la música. Se echó de la cama el emperador, y mandó llamar a un médico. El médico no supo qué hacer; y vino el relojero. El relojero, mal que bien, puso las ruedas locas en su lugar, pero encargó que usasen del pájaro muy poco, porque estaban gastados los cilindros, y el ruiseñor aquel no podía en verdad cantar más de una vez al año. El maestro de música le echó encima un discurso al relojero, y le dijo traidor, venal, chino espúreo, y espía de los tártaros, porque decía que el pájaro continental no podía cantar más que una vez. En la puerta iba ya el relojero, y todavía le estaba diciendo el maestro de música malas palabras: "¡traidor! ¡venal! ¡chino espúreo! ¡espía de los tártaros!" Porque estos maestros de música de las Cortes no quieren que la gente honrada diga la verdad desagradable a sus amos.

Cinco años después había mucha tristeza en la China, porque estaba al morir el pobre emperador, tanto que tenían nombrado ya al nuevo, aunque el pueblo agradecido no quería oír hablar de él, y se apretaba a preguntar por el enfermo a las puertas del mandarín, que los miraba de arriba abajo, y decía: "¡Puh!". "¡Puh!" repetía la pobre gente, y se iba a su casa llorando.

Pálido y frío estaba en su cama de randas y colgaduras el emperador, y los mandarines todos lo daban por muerto, y se pasaban el día dando las tres vueltas con los brazos abiertos, delante del que debía subir al trono. Comían muchas naranjas, y bebían té con limón. En

los corredores habían puesto tapices, para que no sonara el paso. No se oía en el palacio sino un ruido de abejas.

Pero el emperador no estaba muerto todavía. Al lado de su cama estaba el pájaro roto. Por una ventana abierta entraba la luz de la luna sobre el pájaro roto y el emperador mudo y lívido. Sintió el emperador un peso extraño sobre su pecho, y abrió los ojos para ver. Vió a la Muerte, sentada sobre su pecho. Tenía en las sienes su corona imperial, y en una mano su espada de mando, y en la otra mano su hermosa bandera. Y por entre las colgaduras vió asomar muchas cabezas raras, bellas unas y como con luz, otras feas y de color de fuego. Eran las buenas y las malas acciones del emperador, que le estaban mirando a la cara. “¿Te acuerdas?” le decían las malas acciones. “¿Te acuerdas?” le decían las buenas acciones. “¡Yo no me acuerdo de nada, de nada!” decía el emperador: “¡música, música! ¡traíganme la tambora mandarina, la que hace más ruido, para no oír lo que me dicen mis malas acciones!” Pero las acciones seguían diciendo: “¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?” “¡Música, música!” gritaba el emperador; “¡oh hermoso pájaro de oro, canta, te ruego que cantes! ¡yo te he dado regalos ricos de oro! ¡yo te he colgado al cuello mi chinela de oro! ¡te ruego que cantes!” Pero el pájaro no cantaba. No había uno que supiera darle cuerda. No daba una sola nota.

Y la Muerte seguía mirando al emperador con sus ojos huecos y fríos, y en el cuarto había una calma espantosa, cuando de pronto entró por la ventana el son de una dulce música. Afuera, en la rama de un árbol, es-

taba cantando el ruiseñor vivo. Le habían dicho que estaba muy enfermo el emperador, y venía a cantarle de fe y de esperanza. Y según iba cantando eran menos negras las sombras, y corría la sangre más caliente en las venas del emperador, y revivían sus carnes moribundas. La Muerte misma escuchaba, y le dijo: “¡Sigue, ruiseñor, sigue!” Y por un canto, le dió la Muerte la corona de oro; y por otro, la espada de mando; y por otro canto más, le dió la hermosa bandera. Y cuando ya la Muerte no tenía ni la bandera, ni la espada, ni la corona del emperador, cantó el pájaro de la hermosura del campo-santo, donde la rosa blanca crece, y da el laurel sus aromas a la brisa, y dan brillo y salud a la yerba las lágrimas de los dolientes. Y tan hermoso vió la Muerte en el canto a su jardín, que lo quiso ir a ver, y se levantó del pecho del emperador, y desapareció como un vapor por la ventana.

—¡Gracias, gracias, pájaro celeste! —decía el emperador—. Yo te desterré de mi reino, y tú destierras a la muerte de mi corazón. ¿Cómo te puedo yo pagar?

—Tú me pagaste ya, emperador, cuando te hice llorar con mi canto; las lágrimas que arranca a las almas de los hombres son el único premio digno del pájaro cantor. Duerme, emperador, duerme; yo cantaré para ti.

Y con sus trinos y arpegios se fué durmiendo el enfermo en un sueño de salud. Cuando despertó, entraba el sol, como oro vivo, por la ventana. Ni uno solo de sus criados, ni un solo mandarín, había venido a verlo. Lo creían muerto todos. El ruiseñor no más estaba junto a su cama; el ruiseñor, cantando.

—¡Siempre estarás junto a mí! ¡En el palacio vivirás, y cantarás cuando quieras! ¡Yo romperé al pájaro artificial en mil pedazos!

—No lo rompas en mil pedazos, emperador; él te sirvió bien mientras pudo; yo no puedo vivir en el palacio, ni fabricar entre los cortesanos mi nido. Yo vendré al árbol que cae a tu ventana, y te cantaré en la noche, para que tengas sueños felices. Te cantaré de los malos y de los buenos, y de los que gozan y de los que sufren. Los pescadores me esperan, emperador, en sus casas pobres de la orilla del mar. El ruiseñor no puede ser infiel a los pescadores. Yo te vendré a cantar en la noche si me prometes una cosa.

—¡Todo te lo prometo!—dijo el emperador, que se había levantado de su cama, y tenía puesta la túnica imperial, y en la mano su gran espada de oro.

—¡No digas que tienes un pájaro amigo que te lo cuenta todo, porque le envenenarán el aire al pájaro!—Y salió volando el ruiseñor, y echando al aire un ramillete de arpegios.

Los mandarines entraron de repente en el cuarto, detrás del mandarín mayor, a ver al emperador muerto. Y lo vieron de pie, con su túnica imperial; con la mano de la espada puesta al corazón. Y se oía, como una risa, el canto del ruiseñor.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé!—dijo el gran mandarín, y dió dieciocho vueltas seguidas con los brazos abiertos, y se echó por tierra, con la frente a los pies del emperador. Y a los mandarines, arrodillados en el aire, les temblaba en la nuca la cola.

CUENTOS DE ELEFANTES

DE Africa cuentan ahora muchas cosas extrañas, porque anda por allí la gente europea descubriendo el país, y los pueblos de Europa quieren mandar en aquella tierra rica, donde con el calor del sol crecen plantas de esencia y alimento, y otras que dan fibras de hacer telas, y hay oro y diamantes, y elefantes que son una riqueza, porque en todo el mundo se vende muy caro el marfil de sus colmillos. Cuentan muchas cosas del valor con que se defienden los negros, y de las guerras en que andan, como todos los pueblos cuando empiezan a vivir, que pelean por ver quién es más fuerte, o por quitar a su vecino lo que quieren tener ellos. En estas guerras quedan de esclavos los prisioneros que tomó en la pelea el vencedor, que los vende a los moros infames que andan por allá buscando prisioneros que comprar, y luego los venden en las tierras moras. De Europa van a Africa hombres buenos, que no quieren que haya en el mundo estas ventas de hombres; y otros van por el ansia de saber, y viven años entre las tribus bravas, hasta que encuentran una yerba rara, o un pájaro que nunca se ha visto, o el lago de donde nace un río; y otros van de tropa, a sueldo del Khedive que manda en Egipto, a ver como echan

de la tierra a un peleador famoso que llaman el Madhí, y dice que él debe gobernar, porque él es moro libre y amigo de los pobres, no como el Khedive, que manda como criado del Sultán turco extranjero, y alquila peleadores cristianos para pelear contra el moro del país, y quitar la tierra a los negros sudaneses. En esas guerras dicen que murió un inglés muy valiente, aquel "Gordon el chino", que no era chino, sino muy blanco y de ojos muy azules, pero tenía el apodo de chino, porque en China hizo muchas heroicidades, y aquietó a la gente revuelta con el cariño más que con el poder; que fué lo que hizo en el Sudán, donde vivía solo entre los negros del país, como su gobernador, y se les ponía delante a regañarlos como a hijos, sin más armas que sus ojos azules, cuando lo atacaban con las lanzas y las azagayas, o se echaba a llorar de piedad por los negros cuando en la soledad de la noche los veía de lejos hacerse señas, para juntarse en el monte, a ver como atacarían a los hombres blancos. El Madhí pudo más que él, y dicen que Gordon ha muerto, o lo tiene preso el Madhí. Mucha gente anda por Africa. Hay un Chaillu que escribió un libro sobre el mono gorila que anda en dos pies, y pelea a palos con los viajeros que lo quisieran cazar. Livingstone viajó sin miedo por lo más salvaje de Africa, con su mujer. Stanley está allá ahora, viendo como comercia, y salva del Madhí, al gobernador Emin Pachá. Muchos alemanes y franceses andan allá explorando, descubriendo tierras, tratando y cambiando con los negros, y viendo como les quitan el comercio a los moros. Con los colmillos del elefante es con lo que comercian más, porque el marfil es

raro y fino; y se paga muy caro por él. Ese de Africa es colmillo vivo; pero por Siberia sacan de los hielos colmillos del mamut, que fué elefante peludo, grande como una loma, que ha estado en la nieve, en pie, cincuenta mil años. Y un inglés Logan dice que no son cincuenta mil, sino que esas capas de hielo se fueron echando sobre la tierra como un millón de años hace, y que desde entonces están enterrados en la nieve dura los elefantes peludos.

Allí se estuvieron en los hielos duros de Siberia, hasta que un día iba un pescador por la orilla del río Lena, donde de un lado es de arena la orilla, y de otro es de capas de hielo, echadas una encima de otra como las hojas de un pastel, y tan perfectas que parecen cosa de hombre esas leguas de capas. Y el pescador iba cantando un cantar, en su vestido de piel, asombrado de la mucha luz, como si estuviese de fiesta en el aire un sol joven. El aire chispeaba. Se oían estallidos, como en el bosque nuevo cuando se abre una flor. De las lomas corría, brillante y pura, un agua nunca vista. Era que se estaban deshaciendo los hielos. Y allí, delante del pobre Shumarkoff, salían del monte helado los colmillos, gruesos como troncos de árboles, de un animal velludo, enorme, negro. Como vivo estaba, y en el hielo transparente se le veía el cuerpo asombroso. Cinco años tardó el hielo en derretirse alrededor de él, hasta que todo se deshizo, y el elefante cayó rodando a la orilla, con ruido de trueno. Con otros pescadores vino Shumarkoff a llevarse los colmillos, de tres varas de largo. Y los perros hambrientos le comieron la carne, que estaba fresca todavía, y blanda como carne nueva; de noche, en la oscuridad, de cien pe-

rros a la vez se oía el roer de los dientes, el gruñido de gusto, el ruido de las lenguas. Veinte hombres a la vez no podían levantar la piel crinuda, en la que era de á vara cada crin. Y nadie ha de decir que no es verdad, porque en el museo de San Petersburgo están todos los huesos, menos uno que se perdió; y un puñado de la lana amarillosa que tenía sobre el cuello. De entonces a acá, los pescadores de Siberia han sacado de los hielos como dos mil colmillos de mamut.

A miles parece que andaban los mamuts, como en pueblos, cuando los hielos se despeñaron sobre la tierra salvaje, hace miles de años; y como en pueblos andan ahora, defendiéndose de los tigres y de los cazadores por los bosques de Asia y de Africa; pero ya no son velludos, como los de Siberia, sino que apenas tienen pelos por los rincones de su piel blanda y arrugada, que da miedo de veras, por la mucha fealdad, cuando lo cierto es que con el elefante sucede como con las gentes del mundo, que porque tienen hermosura de cara y de cuerpo las cree uno de alma hermosa, sin ver que eso es como los jarrones fines, que no tienen nada dentro, y una vez pueden tener olores preciosos, y otras peste, y otras polvo. Con el elefante no hay que jugar, porque en la hora en que se le enoja la dignidad, o le ofenden la mujer o el hijo, o el viejo, o el compañero, sacude la trompa como un azote, y de un latigazo echa por tierra al hombre más fuerte, o rompe un poste en astillas, o deja un árbol temblando. Tremendo es el elefante enfurecido, y por manso que sea en sus prisiones, siempre le llega, cuando calienta el sol mucho en Abril, o cuando se cansa de su cadena, su

hora de furor. Pero los que conocen bien al animal dicen que sabe de arrepentimiento y de ternura, como un cuento que trae un libro viejo que publicaron, allá al principio de este siglo, los sabios de Francia, donde está lo que hizo un elefante que mató a su cuidador, que allá llaman cornac, porque le había lastimado con el harpón la trompa; y cuando la mujer del cornac se le arrodilló desesperada delante con su hijito, y le rogó que los matase a ellos también, no los mató, sino que con la trompa le quitó el niño a la madre, y se lo puso sobre el cuello, que es donde los cornacs se sientan, y nunca permitió que lo montase más cornac que aquél.

La trompa es lo que más cuida de todo su cuerpo recio el elefante, porque con ella come y bebe, y acaricia y respira, y se quita de encima los animales que le estorban, y se baña. Cuando nada, ¡y muy bien que nadan los elefantes! no se le ve el cuerpo, porque está en el agua todo, sino la punta de la trompa, con los dos agujeros en que acaban los dos canales que atraviesan la trompa a lo largo, y llegan por arriba a la misma nariz, que tiene como dos tapaderas, que abre y cierra según quiera recibir el aire, o cerrarle el camino a lo que en los canales pueda estar. Nadie diga que no es verdad, porque hay quien se ha puesto a contarlos; como cuarenta mil músculos tiene la trompa del elefante, la "proboscis", como dice la gente de libros; toda es de músculos, entretejidos como una red; unos están a la larga de la nariz a la punta, y son para mover la trompa a donde el elefante quiere, y encogerla, enroscarla, subirla, bajarla, tenderla; otros son a lo ancho, y van de los canales a la piel, como los rayos

de una rueda van del eje a la llanta; esas son para apretar los canales o ensancharlos. ¿Qué no hace el elefante con su trompa? La yerba más fina la arranca del suelo. De la mano de un niño recoge un cacahuete. Se llena la trompa de agua, y la echa sobre la parte de su cuerpo en que siente calor. Los elefantes enseñados se quitan y se ponen la carga con la trompa. Un hilo levantan del suelo, y como un hilo levantan a un hombre. No hay más modo de acobardar a un elefante enfurecido que herirle de veras en la trompa. Cuando pelea con el tigre, que casi siempre lo vence, lo echa arriba y abajo con los colmillos, y hace por atravesarlo; pero la trompa la lleva en el aire. Del olor del tigre no más, brama con espanto el elefante; las ratas le dan miedo; le tiene asco y horror al cochino. ¡A cuanto cochino ve, trompazo! Lo que le gusta es el vino bueno, y el arrak, que es el ron de la India, tanto que los cornacs le conocen el apetito, y cuando quieren que trabaje más de lo de costumbre, le enseñan una botella de arrak, que él destapa con la trompa luego, y bebe a sorbo tendido; sólo que el cornac tiene que andar con cuidado, y no hacerle esperar la botella mucho, porque le puede suceder lo que al pintor francés que, para pintar a un elefante mejor, le dijo a su criado que se lo entretuviese con la cabeza alta tirándole frutas a la trompa, pero el criado se divertía haciendo como que echaba al aire fruta sin tirarla de veras, hasta que el elefante se enojó, y se le fué encima a trompazos al pintor, que se levantó del suelo medio muerto, y todo lleno de pinturas. Es bueno el elefante de naturaleza, y se deja domar del hombre, que lo tiene de bestia de carga, y va

sobre él, sentado en un camarín de colgaduras, a pelear en las guerras de Asia, o a cazar el tigre, como desde una torre segura. Los príncipes del Indostán van a sus viajes en elefantes cubiertos de terciopelos de mucho bordado y pedrería, y cuando viene de Inglaterra otro príncipe, lo pasean por las calles en el camarín de paño de oro que va meciéndose sobre el lomo de los elefantes dóciles, y el pueblo pone en los balcones sus tapices ricos, y llena las calles de hojas de rosa.

En Siam no es sólo cariño lo que le tienen al elefante, sino adoración, cuando es de piel clara, que allá creen divina, porque la religión siamesa les enseña que Buda vive en todas partes, y en todos los seres, y unas veces en unos y otras en otros, y como no hay vivo de más cuerpo que el elefante, ni color que haga pensar más en la pureza que lo blanco, al elefante blanco adoran, como si en él hubiera más de Buda que en los demás seres vivos. Le tienen palacio, y sale a la calle entre hileras de sacerdotes, y le dan las yerbas más finas y el mejor arrak, y el palacio se lo tienen pintado como un bosque, para que no sufra tanto de su prisión, y cuando el rey lo va a ver es fiesta en el país, porque creen que el elefante es dios mismo, que va a decir al rey el buen modo de gobernar. Y cuando el rey quiere regalar a un extranjero algo de mucho valor, manda hacer una caja de oro puro, sin liga de otro metal, con brillantes alrededor, y dentro pone, como una reliquia, recortes de pelo del elefante blanco. En Africa no los miran los pueblos del país como dioses, sino que les ponen trampas en el bosque, y se les echan encima en cuanto los ven caer, para alimentarse de

la carne, que es fina y jugosa; o los cazan por engaño, porque tienen enseñadas a las hembras, que vuelven al corral por el amor de los hijos, y donde saben que anda una manada de elefantes libres les echan a las hembras a buscarlos, y la manada viene sin desconfianza detrás de las madres que vuelven a donde sus hijuelos; y allí los cazadores los enlazan, y los van domando con el cariño y la voz, hasta que los tienen ya quietos, y los matan para llevarse los colmillos.

Partidas enteras de gente europea están por Africa cazando elefantes; y ahora cuentan los libros de una gran cacería, donde eran muchos los cazadores. Cuentan que iban sentados a la mujeriega en sus sillas de montar, hablando de la guerra que hacen en el bosque las serpientes al león, y de una mosca venenosa que le chupa la piel a los bueyes hasta que se la seca y los mata, y de lo lejos que saben tirar la azagaya y la flecha los cazadores africanos; y en eso estaban, y en calcular cuando llegarían a las tierras de Tippu Tib, que siempre tiene muchos colmillos que vender, cuando salieron de pronto a un claro de esos que hay en Africa, en medio de los bosques y vieron una manada de elefantes allá al fondo del claro, unos durmiendo de pie, contra los troncos de los árboles, otros paseando juntos y meciendo el cuerpo de un lado a otro, otros echados sobre la yerba, con las patas de atrás estiradas. Les cayeron encima todas las balas de los cazadores. Los echados se levantaron de un impulso. Se juntaron las parejas. Los dormidos vinieron trotando donde estaban los demás. Al pasar junto a la poza, se

llenaban de un sorbo la trompa. Gruñían y tanteaban el aire con la trompa. Todos se pusieron alrededor de su jefe. Y la caza fué larga; los negros les tiraban lanzas y azagayas y flechas; los europeos, escondidos en los yerbales, les disparaban de cerca los fusiles; las hembras huían, despedazando los cañaverales como si fueran yerbas de hilo; los elefantes huían de espaldas, defendiéndose con los colmillos cuando les venía encima un cazador. El más bravo le vino a un cazador encima, a un cazador que era casi un niño, y estaba solo atrás, porque cada uno había ido siguiendo a su elefante. Muy colmilludo era el bravo, y venía feroz. El cazador se subió a un árbol, sin que lo viese el elefante, pero él lo olió en seguida y vino mugiendo, alzó la trompa como para sacar de la rama al hombre, con la trompa rodeó el tronco, y lo sacudió como si fuera un rosal: no lo pudo arrancar, y se echó de ancas contra el tronco. El cazador, que ya estaba al caerse, disparó su fusil, y lo hirió en la raíz de la trompa. Temblaba el aire, dicen, de los mugidos terribles, y deshacía el elefante el cañaveral con las pisadas, y sacudía los árboles jóvenes, hasta que de un impulso vino contra el del cazador, y lo echó abajo. ¡Abajo el cazador, sin tronco a que sujetarse! Cayó sobre las patas de atrás del elefante, y se le agarró. en el miedo de la muerte, de una pata de atrás. Sacudírselo no podía el animal rabioso, porque la coyuntura de la rodilla la tiene el elefante tan cerca del pie que apenas le sirve para doblarla. ¿Y cómo se salva de allí el cazador? Corre bramando el elefante. Se sacude la pata contra el tronco más fuerte, sin que el cazador se le ruede, porque se le corre

adentro y no hace más que magullarse las manos. ¡Pero se caerá por fin, y de una colmillada va a morir el cazador! Saca su cuchillo, y se lo clava en la pata. La sangre corre a chorros, y el animal enfurecido, aplastando el matorral, va al río, al río de agua que cura. Y se llena la trompa muchas veces, y la vacía sobre la herida, la echa con fuerza que lo aturde, sobre el cazador. Ya va a entrar más a lo hondo el elefante. El cazador le dispara las cinco balas de su revólver en el vientre, y corre, por si se puede salvar, a un árbol cercano, mientras el elefante, con la trompa colgando, sale a la orilla, y se derrumba.

LA MUÑECA NEGRA

De puntillas, de puntillas, para no despertar a Piedad, entran en el cuarto de dormir el padre y la madre. Vienen riéndose como dos muchachones. Vienen de la mano, como dos muchachos. El padre viene detrás, como si fuera a tropezar con todo. La madre no tropieza; porque conoce el camino. ¡Trabaja mucho el padre, para comprar todo lo de la casa, y no puede ver a su hija cuando quiere! A veces, allá en el trabajo se ríe solo, o se pone de repente como triste, o se le ve en la cara como una luz; y es que está pensando en su hija; se le cae la pluma de la mano cuando piensa así, pero en seguida empieza a escribir, y escribe tan de prisa, tan de prisa, que es como si la pluma fuera volando. Y le hace muchos rasgos a la letra, y las oes le salen grandes como un sol y las ges largas como un sable, y las eles están debajo de la línea, como si se fueran a clavar en el papel, y las eses caen al fin de la palabra, como una hoja de palma; ¡tiene que ver lo que escribe el padre cuando ha pensado mucho en la niña! El dice que siempre que le llega por la ventana el olor de las flores del jardín, piensa en ella. O a veces, cuando está trabajando cosas de

números, o poniendo un libro sueco en español, la ve venir, venir despacio, como en una nube, y se le sienta al lado, le quita la pluma, para que repose un poco, le da un beso en la frente, le tira de la barba rubia, le esconde el tintero: es sueño no más, no más que sueño, como esos que se tienen sin dormir, en que ve unos vestidos muy bonitos, o un caballo vivo de cola muy larga, o un cochecito con cuatro chivos blancos, o una sortija con la piedra azul; sueño es no más, pero dice el padre que es como si lo hubiera visto, y que después tiene más fuerza y escribe mejor. Y la niña se va despacio por el aire, que parece de luz todo; se va como una nube.

Hoy el padre no trabajó mucho, porque tuvo que ir a una tienda; ¿a qué iría el padre a una tienda?; y dicen que por la puerta de atrás entró una caja grande; ¿qué vendrá en la caja?; ¿a saber lo que vendrá!; mañana hace ocho años que nació Piedad. La criada fué al jardín y se pinchó el dedo por cierto, por querer coger, para un ramo que hizo, una flor muy hermosa. La madre a todo dice que sí, y se puso el vestido nuevo, y le abrió la jaula al canario. El cocinero está haciendo un pastel, y recortando en figura de flores los nabos y las zanahorias, y le devolvió a la lavandera el gorro, porque tenía una mancha que no se veía apenas, pero, “¡hoy, hoy, señora lavandera, el gorro ha de estar sin mancha!” Piedad no sabía, no sabía. Ella ni vió que la casa estaba como el primer día de sol, cuando se va ya la nieve, y les salen las hojas a los árboles. Todos sus juguetes se los dieron aquella noche, todos. Y el padre llegó muy temprano del trabajo, a tiempo de ver a su hija dormida. La madre

lo abrazó cuando lo vió entrar; ¡y lo abrazó de veras!
Mañana cumple Piedad ocho años.

*

* *

El cuarto está a media luz, una luz como la de las estrellas, que viene de la lámpara de velar, con su bombillo de color de ópalo. Pero se ve, hundida en la almohada, la cabecita rubia. Por la ventana entra la brisa, y parece que juegan, las mariposas que no se ven, con el cabello dorado. Le da en el cabello la luz. Y la madre y el padre vienen andando, de puntillas. ¡Al suelo, el tocador de jugar! ¡Este padre ciego, que tropieza con todo! Pero la niña no se ha despertado. La luz le da en la mano ahora; parece una rosa la mano. A la cama no se puede llegar; porque están alrededor todos los juguetes, en mesas y sillas. En una silla está el baúl que le mandó en Pascuas la abuela, lleno de almendras y de mazapanes; boca abajo está el baúl, como si lo hubieran sacudido, a ver si caía alguna almendra de un rincón, o si andaban escondidas por la cerradura algunas migajas de mazapan; ¡eso es, de seguro, que las muñecas tenían hambre! En otra silla está la loza, mucha loza y muy fina, y en cada plato una fruta pintada; un plato tiene una cereza, y otro un higo, y otro una uva; da en el plato ahora la luz, en el plato del higo, y se ven como chispas de estrella; ¿cómo habrá venido esta estrella a los platos?; “¡Es azúcar! —dice el pícaro padre— ¡Eso es seguro!” dice la madre: “eso es que estuvieron las muñe-

cas golosas comiéndose el azúcar". El costurero está en otra silla, y muy abierto, como de quien ha trabajado de verdad; el dedal está machucado ¡de tanto coser!; cortó la modista mucho, porque del calicó que le dió la madre no queda más que un redondel con el borde de picos, y el suelo está por allí lleno de recortes, que le salieron mal a la modista, y allí está la chambra empezada a coser, con la aguja clavada, junto a una gota de sangre. Pero la sala, y el gran juego, está en el velador, al lado de la cama. El rincón, allá contra la pared, es el cuarto de dormir de las muñequitas de loza, con su cama de la madre, de colcha de flores, y al lado una muñeca de traje rosado, en una silla roja; el tocador está entre la cama y la cuna, con su muñequita de trapo, tapada hasta la nariz, y el mosquitero encima; la mesa del tocador es una cajita de cartón castaño, y el espejo es de los buenos, de los que vende la señora pobre de la dulcería, a dos por un centavo. La sala está delante del velador, y tiene en medio una mesa, con el pie hecho de un carretel de hilo, y lo de arriba de una concha de nácar, con una jarra mejicana en medio, de las que traen los muñecos aguadores de Méjico; y alrededor unos papelitos doblados, que son los libros. El piano es de madera, con las teclas pintadas; y no tiene banquetta de tornillo, que eso es poco lujo, sino una de espaldar, hecha de la caja de una sortija, con lo de abajo forrado de azul; y la tapa cocida por un lado, para la espalda, y forrada de rosa; y encima un encaje. Hay visitas, por supuesto, y son de pelo de veras, con ropones de seda lila de cuartos blancos, y zapatos dorados; y se sientan sin doblarse, con los pies en el asiento;

y la señora mayor, la que trae gorra color de oro, y está en el sofá, tiene su levantapies, porque del sofá se resbala; y el levantapies es una cajita de paja japonesa, puesta boca abajo; en un sillón blanco están sentadas juntas, con los brazos muy tiesos, dos hermanas de loza. Hay un cuadro en la sala, que tiene detrás, para que no se caiga, un pomo de olor; y es una niña de sombrero colorado, que trae en los brazos un cordero. En el pilar de la cama, del lado del velador, está una medalla de bronce, de una fiesta que hubo con las cintas francesas; en su gran moña de los tres colores está adornando la sala el medallón, con el retrato de un francés muy hermoso, que vino de Francia a pelear porque los hombres fueran libres, y otro retrato del que inventó el pararrayos, con la cara de abuelo que tenía cuando pasó el mar para pedir a los reyes de Europa que lo ayudaran a hacer libre su tierra; esa es la sala, y el gran juego de Piedad. Y en la almohada, durmiendo en su brazo, y con la boca desteñida de los besos, está su muñeca negra.

*

* *

Los pájaros del jardín la despertaron por la mañana. Parece que se saludan los pájaros, y la convidan a volar. Un pájaro llama, y otro pájaro responde. En la casa hay algo, porque los pájaros se ponen así cuando el cocinero anda por la cocina saliendo y entrando, con el delantal volándole por las piernas, y la olla de plata en las dos manos, oliendo a leche quemada y a vino dulce.

En la casa hay algo; porque si no, ¿para qué está ahí, al pie de la cama, su vestidito nuevo, el vestidito color de perla, y la cinta lila que compraron ayer, y las medias de encaje? “Yo te digo, Leonor que aquí pasa algo. Dí-melo tú, Leonor, tú que estuviste ayer en el cuarto de mamá, cuando yo fui a paseo. ¡Mamá mala, que no te dejó ir conmigo, porque dice que te he puesto muy fea con tantos besos, y que no tienes pelo, porque te he peinado mucho! La verdad, Leonor; tú no tienes mucho pelo; pero yo te quiero así, sin pelo, Leonor; tus ojos son los que quiero yo, porque con los ojos me dices que me quieres: te quiero mucho, porque no te quieren; ¡a ver! ¡sentada aquí en mis rodillas, que te quiero peinar!; las niñas buenas se peinan en cuanto se levantan; ¡a ver, los zapatos, que ese lazo no está bien hecho!; y los dientes, déjame ver los dientes; las uñas; ¡Leonor, esas uñas no están limpias! Vamos Leonor, díme la verdad; oye, oye a los pájaros que parece que tienen baile; díme, Leonor, ¿qué pasa en esta casa?” Y a Piedad se le cayó el peine de la mano, cuando le tenía ya una trenza hecha a Leonor; y la otra estaba toda alborotada. Lo que pasaba, allí lo veía ella. Por la puerta venía la procesión. La primera era la criada con el delantal de rizados de los días de fiesta, y la cofia de servir la mesa en los días de visita; traía el chocolate, el chocolate con crema, lo mismo que el día de Año Nuevo, y los panes dulces en una cesta de plata; luego venía la madre, con un ramo de flores blancos y azules; ¡ni una flor colorada en el ramo, ni una flor amarilla!; y luego venía la lavandera, con el gorro blanco que el cocinero no se quiso poner, y un

estandarte que el cocinero le hizo, con un diario y un bastón; y decía en el estandarte, debajo de una corona de pensamientos: "¡Hoy cumple Piedad ocho años!" Y la besaron, y la vistieron con el traje color de perla, y la llevaron, con el estandarte detrás, a la sala de los libros de su padre, que tenía muy peinada su barba rubia, como si se la hubieran peinado muy despacio, y redondeándole las puntas, y poniendo cada hebra en su lugar. A cada momento se asomaba a la puerta, a ver si Piedad venía; escribía, y se ponía a silbar; abría un libro, y se quedaba mirando a un retrato, a un retrato que tenía siempre en su mesa, y era como Piedad, una Piedad de vestido largo. Y cuando oyó ruido de pasos, y un vocerrón que venía tocando música en un cucurucho de papel ¿quién sabe lo que sacó de una caja grande?; y se fué a la puerta con una mano en la espalda; y con el otro brazo cargó a su hija. Luego dijo que sintió como que en el pecho se le abría una flor, y como que se le encendía en la cabeza un palacio, con colgaduras azules de flecos de oro, y mucha gente con alas; luego dijo todo eso, pero entonces, nada se le oyó decir. Hasta que Piedad dió un salto en sus brazos, y se le quiso subir por el hombro, porque en un espejo había visto lo que llevaba en la otra mano el padre. "¡Es como el sol el pelo, mamá, lo mismo que el sol! ¡ya la vi, ya la vi, tiene el vestido rosado! ¡díle que me la dé, mamá: si es de peto verde, de peto de terciopelo! ¡como las mías son las medias, de encaje como las mías!" Y el padre se sentó con ella en el sillón, y le puso en los brazos la muñeca de seda y porcelana. Echó a correr Piedad, como si buscase a alguien. "¿Y yo me quedo

hoy en casa por mi niña —le dijo su padre—, y mi niña me deja solo?” Ella escondió la cabecita en el pecho de su padre bueno. Y en mucho, mucho tiempo, no la levantó, aunque ¡de veras! le picaba la barba.

*

* *

Hubo paseo por el jardín, y almuerzo con un vino de espuma debajo de la parra, y el padre estaba muy conversador, cogiéndole a cada momento la mano a su mamá, y la madre estaba como más alta, y hablaba poco, y era como música todo lo que hablaba. Piedad le llevó al cocinero una dalia roja, y se la prendió en el pecho del delantal; y a la lavandera le hizo una corona de claveles; y a la criada le llenó los bolsillos de flores de naranjo, y le puso en el pelo una flor, con sus dos hojas verdes. Y luego, con mucho cuidado, hizo un ramo de *no me olvides*. “¿Para quién es ese ramo, Piedad?” “No sé, no sé para quién es; ¡quién sabe si es para alguien!” Y lo puso a la orilla de la acequia, donde corría como un cristal el agua. Un secreto le dijo a su madre, y luego le dijo: “¡Déjame ir!” Pero le dijo “caprichosa” su madre: “¿y tu muñeca de seda, no te gusta? mírale la cara, que es muy linda; y no le has visto los ojos azules”. Piedad sí se los había visto; y la tuvo sentada en la mesa después de comer, mirándola sin reírse; y la estuvo enseñando a andar en el jardín. Los ojos era lo que miraba ella; y le tocaba en el lado del corazón: “¡Pero, muñeca, háblame, háblame!” Y la muñeca de seda no le

hablaba. “¿Con que no te ha gustado la muñeca que te compré, con sus medias de encaje y su cara de porcelana y su pelo fino?” “Sí, mi papá, sí me ha gustado mucho. Vamos, señora muñeca, vamos a pasear. Usted querrá coches y lacayos, y querrá dulce de castañas, señora muñeca. Vamos, vamos a pasear”. Pero en cuanto estuvo Piedad donde no la veían, dejó a la muñeca en un tronco, de cara contra el árbol. Y se sentó sola, a pensar, sin levantar la cabeza, con la cara entre las dos manecitas. De pronto echó a correr, de miedo de que se hubiese llevado el agua el ramo de *no me olvides*.

*

* *

—“¡Pero, criada, llévame pronto!”—“¿Piedad, qué es eso de criada? ¡Tú nunca le dices criada así, como para ofenderla!”—“No, mamá, no; es que tengo mucho sueño; estoy muerta de sueño. Mira, me parece que es un monte la barba de papá; y el pastel de la mesa me da vueltas, vueltas alrededor, y se están riendo de mí las banderitas; y me parece que están bailando en el aire las flores de la zanahoria; estoy muerta de sueño; ¡adiós, mi madre!, mañana me levanto muy tempranito; tú, papá, me despiertas antes de salir; yo te quiero ver siempre antes de que te vayas a trabajar; ¡oh, las zanahorias! ¡estoy muerta de sueño! ¡Ay, mamá, no me mates el ramo! ¡mira, ya me mataste mi flor!”—“¿Con que se enoja mi hija porque le doy un abrazo?”—“¡Pégame, mi mamá! ¡papá, pégame tú! es que tengo mucho sueño”. Y Pie-

dad salió de la sala de los libros, con la criada que le llevaba la muñeca de seda. “¡Qué de prisa va la niña, que se va a caer! ¿Quién espera a la niña?”—“¡Quién sabe quién me espera!” Y no habló con la criada; no le dijo que le contase el cuento de la niña jorobadita que se volvió una flor; un juguete no más le pidió, y lo puso a los pies de la cama; y le acarició a la criada la mano, y se quedó dormida. Encendió la criada la lámpara de velar, con su bombillo de ópalo; salió de puntillas; cerró la puerta con mucho cuidado. Y en cuanto estuvo cerrada la puerta, relucieron dos ojitos en el borde de la sábana; se alzó de repente la cubierta rubia; de rodillas en la cama, le dió toda la luz a la lámpara de velar; y se echó sobre el juguete que puso a los pies, sobre la muñeca negra. La besó, la abrazó, se la apretó contra el corazón: “Ven, pobrecita, ven, que esos malos te dejaron aquí sola; tú no estás fea, no, aunque no tengas más que una trenza; la fea es ésa, la que han traído hoy, la de los ojos que no hablan; díme, Leonor, díme, ¿tú pensaste en mí?; mira el ramo que te traje, un ramo de *no me olvides*, de los más lindos del jardín; ¡así, en el pecho! ¡ésta es mi muñeca linda! ¡y no has llorado? ¡te dejaron tan sola! ¡no me mires así, porque voy a llorar yo! ¡no, tú no tienes frío! ¡aquí conmigo, en mi almohada, verás como te calientas! ¡y me quitaron, para que no me hiciera daño, el dulce que te traía! ¡así, así, bien arropadita! ¡a ver, mi beso, antes de dormirte! ¡ahora la lámpara baja! ¡y a dormir, abrazadas las dos! ¡te quiero, porque no te quieren!”

BEBÉ Y EL SEÑOR DON POMPOSO

Bebé es un niño magnífico, de cinco años. Tiene el pelo muy rubio, que le cae en rizos por la espalda, como en la lámina de los Hijos del Rey Eduardo, que el pícaro Glócester hizo matar en la torre de Londres, para hacerse él rey. A Bébé lo visten como al duquesito Fauntleroy, el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres. Le ponen pantaloncitos cortos ceñidos a la rodilla, y blusa con cuello de marinero, de dril blanco como los pantalones, y medias de seda colorada, y zapatos bajos. Como lo quieren a él mucho, él quiere mucho a los demás. No es un santo, ¡oh, no! le tuerce los ojos a su criada francesa cuando no le quiere dar más dulces, y se sentó una vez en visita con las piernas cruzadas, y rompió un día un jarrón muy hermoso, corriendo detrás de un gato. Pero en cuanto ve un niño descalzo le quiere dar todo lo que tiene: a su caballo le lleva azúcar todas las mañanas, y lo llama "caballito de mi alma"; con los criados viejos se está horas y horas, oyéndoles los cuentos de su tierra de África, de cuando ellos eran príncipe y reyes, y tenían muchas vacas y muchos elefantes: y cada vez que ve Bébé a su mamá, le echa el bracito por la cintura, o se le sienta al lado en la banquetta, a que le cuente cómo crecen

las flores, y de dónde viene la luz del sol, y de qué está hecha la aguja con que cose, y si es verdad que la seda de su vestido la hacen unos gusanos, y si los gusanos van fabricando la tierra, como dijo ayer en la sala aquel señor de espejuelos. Y la madre le dice que sí, que hay unos gusanos que se fabrican unas casitas de seda largas y redondas, que se llaman capullos; y que es hora de irse a dormir, como los gusanitos, que se meten en el capullo, hasta que salen hechos mariposas.

Y entonces sí que está lindo Bebé, a la hora de acostarse, con sus medicitas caídas, y su color de rosa, como los niños que se bañan mucho, y su camisola de dormir: lo mismo que los angelitos de las pinturas, un angelito sin alas. Abraza mucho a su madre, la abraza muy fuerte, con la cabecita baja, como si quisiera quedarse en su corazón. Y da brincos y vueltas de carnero, y salta en el colchón con los brazos levantados, para ver si alcanza a la mariposa azul que está pintada en el techo. Y se pone a nadar como en el baño; o a hacer como que cepilla la baranda de la cama, porque va a ser carpintero; o rueda por la cama hecho un carretel, con los rizos rubios revueltos con las medias coloradas. Pero esta noche Bebé está muy serio, y no da volteretas como todas las noches, ni se le cuelga del cuello a su mamá, para que no se vaya, ni le dice a Luisa, a la francesita, que le cuente el cuento del gran comilón, que se murió solo y se comió un melón. Bebé cierra los ojos; pero no está dormido. Bebé está pensando.

*

* *

La verdad es que Bebé tiene mucho en que pensar porque va de viaje a París, como todos los años, para que los médicos buenos le digan a su mamá las medicinas que le van a quitar la tos, esa tos mala que a Bebé no le gusta oír; se le aguan los ojos a Bebé en cuanto oye toser a su mamá; y la abraza muy fuerte, muy fuerte, como si quisiera sujetarla. Esta vez Bebé no va solo a París, porque él no quiere hacer nada solo, como el hombre del melón, sino con un primito suyo que no tiene madre. Su primito Raúl va con él a París, a ver con él el hombre que llama a los pájaros, y la tienda del Louvre, donde les regalan globos a los niños, y el teatro Guinól, donde hablan los muñecos, y el policía se lleva preso al ladrón, y el hombre bueno le dá un coscorrón al hombre malo. Raúl va con Bebé a París. Los dos juntos se van el sábado en el vapor grande, con tres chimeneas. Allí en el cuarto está Raúl con Bebé, el pobre Raúl, que no tiene el pelo rubio, ni va vestido de duquesito, ni lleva medias de seda colorada.

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá a ver a los ciegos, que leen con los *dedos*, en unos libros con las letras muy altas: han ido a la calle de los *periódicos*, a ver cómo los niños pobres, que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después, y pagar su casa: han ido a un *hotel* elegante, con criados de *casaca* azul y pantalón amarillo, a ver a un señor muy flaco y muy estirado, el tío de mamá, el señor don Pomposo. Bebé está *pensando* en la visita del señor don Pomposo. Bebé está pensando.

Con los ojos cerrados, él piensa: él se acuerda de todo. ¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo! ¡Qué leontina tan grande y tan suelta, como la cuerda de saltar! ¡Qué pedrote tan feo como un pedazo de vidrio, el pedrote de la corbata! ¡Y a mamá no la dejaba mover, y le ponía un cojín detrás de la espalda, y le puso una banqueta en los pies, y le hablaba como dicen que le hablan a las reinas! Bebé se acuerda de lo que dice el criado viejito, que la gente le habla así a mamá, porque mamá es muy rica, y que a mamá no le gusta eso, porque mamá es buena.

Y Bebé vuelve a pensar en lo que sucedió en la visita. En cuanto entró en el cuarto el señor don Pomposo le dió la mano, como se la dan los hombres a los papás; le puso el sombrerito en la cama, como si fuera una cosa santa, y le dió muchos besos, unos besos feos, que se le pegaban a la cara, como si fueran manchas. Y a Raúl, al pobre Raúl, ni lo saludó, ni le quitó el sombrero, ni le dió un beso. Raúl estaba metido en un sillón, con el sombrero en la mano, y con los ojos muy grandes. Y entonces se levantó don Pomposo del sofá colorado: "Mira, mira, Bebé, lo que te tengo guardado: esto cuesta mucho dinero, Bebé: esto es para que quieras mucho a tu tío". Y se sacó del bolsillo un llavero como con treinta llaves, y abrió una gaveta que olía a lo que huele el tocador de Luisa, y le trajo a Bebé un sable dorado —¡oh qué sable! ¡oh qué gran sable!— y le abrochó por la cintura el cinturón de charol! —¡oh qué cinturón tan lujoso!— y le dijo: "Anda, Bebé: mírate al espejo; ¡ese es un sable muy rico: eso no es más que para

Bebé, para el niño!" Y Bebé, muy contento, volvió la cabeza a donde estaba Raúl, que lo miraba, miraba al sable, con los ojos más grandes que nunca, y con la cara muy triste, como si se fuera a morir: —¡oh, qué sable tan feo, tan feo! ¡oh, qué tío tan malo!— En todo eso estaba pensando Bebé. Bebé estaba pensando.

El sable está allí, encima del tocador. Bebé levanta la cabeza poquito a poco, para que Luisa no lo oiga, y ve el puño brillante como si fuera de sol, porque la luz de la lámpara dá toda en el puño. Así eran los sables de los generales el día de la procesión, lo mismo que el de él. El también, cuando sea grande, va a ser general, con un vestido de dril blanco, y un sombrero con plumas, y muchos soldados detrás, y él en un caballo morado, como el vestido que tenía el obispo. El no ha visto nunca caballos morados, pero se lo mandarán a hacer. Y a Raúl ¿quién le manda hacer caballos? Nadie, nadie: Raúl no tiene mamá que le compre vestidos de duquesito: Raúl no tiene tíos largos que le compren sables. Bebé levanta la cabecita poco a poco. Raúl está dormido: Luisa se ha ido a su cuarto a ponerse olores. Bebé se escurre de la cama, va al tocador en la punta de los pies, levanta el sable despacio, para que no haga ruido. . . y ¿qué hace, qué hace Bebé? ¡va riéndose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raúl, y le pone el sable dorado en la almohada.

M E Ñ I Q U E ⁽¹⁾

CUENTO DE MAGIA, DONDE SE RELATA LA HISTORIA
DEL SABIDOSO MEÑIQUE Y SE VE QUE EL SABER
VALE MAS QUE LA FUERZA

I

En un país muy extraño vivió hace mucho tiempo un campesino que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juancito. Pedro era gordo y grande, de cara colorada, y de pocas entendederas; Pablo era canijo y paliducho, lleno de envidias y de celos; Juancito era lindo como una mujer, y más ligero que un resorte, pero tan chiquitín que se podía esconder en una bota de su padre. Nadie le decía Juan, sino Meñique.

El campesino era tan pobre que había fiesta en la casa cuando traía alguno un centavo. El pan costaba mucho, aunque era pan negro; y no tenían como ganarse la vida. En cuanto los tres hijos fueron bastante crecidos, el padre les rogó por su bien que salieran de su choza infeliz, a buscar fortuna por el mundo. Les dolió el corazón de dejar solo a su padre viejo, y decir adiós para siempre a los árboles que habían sembrado, a la casita en

(1) Del francés, de Laboulaye.

que habían nacido, al arroyo donde bebían el agua en la palma de la mano. Como a una legua de allí tenía el rey del país un palacio magnífico, todo de madera, con veinte balcones de roble tallado, y seis ventanitas. Y sucedió que de repente, en una noche de mucho calor, salió de la tierra, delante de las seis ventanas, un roble enorme con ramas tan gruesas y tanto follaje que dejó a oscuras el palacio del rey. Era un árbol encantado, y no había hacha que pudiera echarlo a tierra, porque se le mellaba el filo en lo duro del tronco, y por cada rama que le cortaban salían dos. El rey ofreció dar tres bolsos llenos de pesos a quien le quitara de encima al palacio aquel arbolón; pero allí se estaba el roble, echando ramas y raíces, y el rey tuvo que conformarse con encender luces de día.

Y eso no era todo. Por aquel país, hasta de las piedras del camino salían los manantiales; pero en el palacio no había agua. La gente del palacio se lavaba las manos con cerveza y se afeitaba con miel. El rey había prometido hacer maqués y dar muchas tierras y dinero al que abriese en el patio del castillo un pozo donde se pudiera guardar agua para todo el año. Pero nadie se llevó el premio, porque el palacio estaba en una roca, y en cuanto se escarbaba la tierra de arriba, salía debajo la capa de granito. Como una pulgada nada más había de tierra floja.

Los reyes son caprichosos, y este reyecito quería salirse con su gusto. Mandó pregoneros que fueran clavando por todos los pueblos y caminos de su reino el cartel sellado con las armas reales, donde ofrecía casar a su hija con el que cortara el árbol y abriese el pozo, y darle

además la mitad de sus tierras. Las tierras eran de lo mejor para sembrar, y la princesa tenía fama de inteligente y hermosa; así es que empezó a venir de todas partes un ejército de hombres forzudos, con el hacha al hombro y el pico al brazo. Pero todas las hachas se mellaban contra el roble, y todos los picos se rompían contra la roca.

II

Los tres hijos del campesino oyeron el pregón, y tomaron el camino del palacio, sin creer que iban a casarse con la princesa, sino que encontrarían entre tanta gente algún trabajo. Los tres iban anda que anda, Pedro siempre contento, Pablo hablándose solo, y Meñique saltando de acá para allá, metiéndose por todas las veredas y escondrijos, viéndolo todo con sus ojos brillantes de ardilla. A cada paso tenía algo nuevo que preguntar a sus hermanos: que por qué las abejas metían la cabecita en las flores, que por qué las golondrinas volaban tan cerca del agua, que por qué no volaban derecho las mariposas. Pedro se echaba a reír, y Pablo se encogía de hombros y lo mandaba a callar.

Caminando, caminando, llegaron a un pinar muy espeso que cubría a todo un monte, y oyeron un ruido grande, como de un hacha, y de árboles que caían allá en lo más alto.

—Yo quisiera saber por qué andan allá arriba cortando leña —dijo Meñique.

—Todo lo quiere saber el que no sabe nada —dijo Pablo, medio gruñendo.

—Parece que este muñeco no ha oído nunca cortar leña—, dijo Pedro, torciéndole el cachete a Meñique de un buen pellizco.

—Yo voy a ver lo que hacen allá arriba —dijo Meñique.

—Anda, ridículo, que ya bajarás bien cansado, por no creer lo que te dicen tus hermanos mayores.

Y de ramas en piedras, gateando y saltando, subió Meñique por donde venía el sonido. Y ¿qué encontró Meñique en lo alto del monte? Pues un hacha encantada, que cortaba sola, y estaba echando abajo un pino muy recio.

—Buenos días, señora hacha —dijo Meñique—: ¿no está cansada de cortar tan solita ese árbol tan viejo?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por tí— respondió el hacha.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin ponerse a temblar, ni preguntar más, metió el hacha en su gran saco de cuero, y bajó el monte, brincando y cantando.

—¿Qué vió allá arriba el que todo lo quiere saber? —preguntó Pablo, sacando el labio de abajo, y mirando a Meñique como una torre a un alfiler.

—Pues el hacha que oíamos —le contestó Meñique.

—Ya vé el chiquitín la tontería de meterse por nada en esos sudores —le dijo Pedro el gordo.

A poco andar ya era de piedra todo el camino, y se oyó un ruido que venía de lejos, como de un hierro que golpease en una roca.

—Yo quisiera saber quién anda allá lejos picando piedras —dijo Meñique.

—Aquí está un pichón que acaba de salir del huevo, y no ha oído nunca al pájaro carpintero picoteando en un tronco —dijo Pablo.

—Quédate con nosotros, hijo, que eso no es más que el pájaro carpintero que picotea en un tronco —dijo Pedro.

—Yo voy a ver lo que pasa allá lejos.

Y aquí de rodillas, y allá medio a rastras, subió la roca Meñique, oyendo como se reían a carcajadas Pedro y Pablo. ¿Y qué encontró Meñique allá en la roca? Pues un pico encantado, que picaba solo, y estaba abriendo la roca como si fuese mantequilla.

—Buenos días, señor pico —dijo Meñique: — ¿no está cansado de picar tan solito en esa roca vieja?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por tí —respondió el pico.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin pizca de miedo le echó mano al pico, lo sacó del mango, lo metió aparte en su gran saco de cuero, y bajó por aquellas piedras, retozando y cantando.

—¿Y qué milagro vió por allá su señoría? —preguntó Pablo, con los bigotes de punta.

—Era un pico lo que oímos —respondió Meñique, y siguió andando, sin decir más palabra.

Más adelante encontraron un arroyo, y se detuvieron a beber, porque era mucho el calor.

—Yo quisiera saber —dijo Meñique—, de dónde sale tanta agua en un valle tan llano como éste.

—¡Grandísimo pretencioso —dijo Pablo—, que en todo quiere meter la nariz! ¿No sabes que los manantiales salen de la tierra?

—Yo voy a ver de dónde sale esta agua.

Y los hermanos se quedaron diciendo picardías; pero Meñique echó a andar por la orilla del arroyo, que se iba estrechando, estrechando, hasta que no era más que un hilo. Y ¿qué encontró Meñique cuando llegó al fin? Pues una cáscara de nuez encantada, de donde salía a borbotones el agua clara chispeando al sol.

—Buenos días, señor arroyo —dijo Meñique:— ¿no está cansado de vivir tan solito en su rincón, manando agua?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —respondió el arroyo.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin el menor susto tomó la cáscara de la nuez, la envolvió bien en musgo fresco para que no se saliera el agua, la puso en su gran saco de cuero, y se volvió por donde vino, saltando y cantando.

—¿Ya sabes de dónde viene el agua?—le gritó Pedro.

—Sí, hermano; viene de un agujerito.

—¡Oh, a este amigo se lo come el talento! ¡Por eso no crece! —dijo Pablo, el paliducho.

—Yo he visto lo que quería ver, y sé lo que quería saber —se dijo Meñique a sí mismo. Y siguió su camino, frotándose las manos.

III

Por fin llegaron al palacio del rey. El roble crecía más que nunca, el pozo no lo habían podido abrir, y en la puerta estaba el cartel sellado con las armas reales, donde prometía el rey casar a su hija y dar la mitad de su reino a quien quiera que cortase el roble y abriese el pozo, fuera señor de la corte, o vasallo acomodado, o pobre campesino. Pero el rey, cansado de tanta prueba inútil, había hecho clavar debajo del cartelón otro cartel más pequeño, que decía con letras coloradas:

“Sepan los hombres por este cartel, que el rey y señor, como buen rey que es, se ha dignado mandar que le corten las orejas debajo del mismo roble al que venga a cortar el árbol o abrir el pozo, y no corte, ni abra; para enseñarle a conocerse a sí mismo y a ser modesto, que es la primera lección de la sabiduría”.

Y alrededor de este cartel había clavadas treinta orejas sanguinolentas, cortadas por la raíz de la piel a quince hombres que se creyeron más fuertes de lo que eran.

Al leer este aviso, Pedro se echó a reír. se retorció los bigotes, se miró los brazos, con aquellos músculos que parecían cuerdas, le dió al hacha dos vuelos por encima de su cabeza y de un golpe echó abajo una de las ramas más gruesas del árbol maldito. Pero en seguida salieron

dos ramas poderosas en el punto mismo del hachazo, y los soldados del rey le cortaron las orejas sin más ceremonia.

—¡Inutilón! —dijo Pablo—; y se fué al tronco, hacha en mano, y le cortó de un golpe una gran raíz. Pero salieron dos raíces enormes en vez de una. Y el rey furioso mandó que le cortaran las orejas a aquél que no quiso aprender en la cabeza de su hermano.

Pero a Meñique no se le achicó el corazón, y se le echó al roble encima.—¡Quítenme a ese enano de ahí! —dijo el rey— ¡y si no se quiere quitar, córtenle las orejas!

—Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, señor rey. Yo tengo derecho por tu cartel a probar mi fortuna. Ya tendrás tiempo de cortarme las orejas, si no corto el árbol.

—Y la nariz te la rebanarán también, si no lo cortas.

Meñique sacó con mucha faena el hacha encantada de su gran saco de cuero. El hacha era más grande que Meñique. Y Meñique le dijo: “¡Corta, hacha, corta!”

Y el hacha cortó, tajó, astilló, derribó las ramas, cercenó el tronco, arrancó las raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y tanta leña apiló del árbol en trizas, que el palacio se calentó con el roble todo aquel invierno. Cuando ya no quedaba del árbol una sola hoja, Meñique fué donde estaba el rey sentado junto a la princesa, y los saludó con mucha cortesía.

—Dígame, el rey ahora dónde quiere que le abra el pozo su criado.

Y toda la corte fué al patio del palacio con el rey, a ver abrir el pozo. El rey subió a un estrado más alto que los asientos de los demás; la princesa tenía su silla en un escalón más bajo, y miraba con susto a aquel hominico que le iban a dar para marido.

Meñique, sereno como una rosa, abrió su gran saco de cuero, metió el mango en el pico, lo puso en el lugar que marcó el rey, y le dijo: “¡Cava, pico, cava!”

Y el pico empezó a cavar, y el granito a saltar en pedazos, y en menos de un cuarto de hora quedó abierto un pozo de cien pies.

—¿Le parece a mí rey que este pozo es bastante hondo?

—Es hondo; pero no tiene agua.

—Agua tendrá —dijo Meñique. Metió el brazo en el gran saco de cuero, le quitó el musgo a la cáscara de nuez, y puso la cáscara en una fuente que habían llenado de flores. Y cuando ya estaba bien dentro de la tierra, dijo: “¡Brotó, agua, brotó!”

Y el agua empezó a brotar por entre las flores con un suave murmullo, refrescó el aire del patio, y cayó en cascadas tan abundantes que al cuarto de hora ya el pozo estaba lleno, y fué preciso abrir un canal que llevase afuera el agua sobrante.

—Y ahora —dijo Meñique, poniendo en tierra una rodilla— ¿cree mi rey que he hecho todo lo que me pedía?

—Sí, marqués Meñique —respondió el rey—; y te daré la mitad de mi reino; o mejor te compraré en lo que vale tu mitad, con la contribución que les voy a im-

poner a mis vasallos, que se alegrarán mucho de pagar porque su rey y señor tenga agua buena; pero con mi hija no te puedo casar, porque esa es cosa en que yo solo no soy dueño.

—¿Y qué más quieres que haga, rey? —dijo Meñique, parándose en las puntas de los pies, con la manecita en la cadera, y mirando a la princesa cara a cara.

—Mañana se te dirá, marqués Meñique —le dijo el rey—; vete ahora a dormir a la mejor cama de mi palacio.

Pero Meñique, en cuanto se fué el rey, salió a buscar a sus hermanos, que parecían dos perros ratoneros, con las orejas cortadas.

—Díganme, hermanos, si no hice bien en querer saberlo todo, y ver de dónde venía el agua.

—Fortuna no más, fortuna —dijo Pablo. La fortuna es ciega, y favorece a los necios.

—Hermanito —dijo Pedro—, con orejas o desorejado creo que está muy bien lo que has hecho, y quisiera que llegara aquí papá para que te viese.

Y Meñique se llevó a dormir a camas buenas a sus dos hermanos, a Pedro y a Pablo.

IV

El rey no pudo dormir aquella noche. No era el agradecimiento lo que le tenía despierto, sino el disgusto de casar a su hija con aquel picolín que cabía en una bota de su padre. Como buen rey que era, ya no quería cumplir lo que prometió; y le estaban zumbando en los

oídos las palabras del marqués Meñique: "Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, rey".

Mandó el rey a buscar a Pedro y a Pablo, porque ellos no más le podían decir quiénes eran los padres de Meñique, y si era Meñique persona de buen carácter y de modales finos, como quieren los suegros que sean sus yernos, porque la vida sin cortesía es más amarga que la cuasia y que la retama. Pedro dijo de Meñique muchas cosas buenas, que pusieron al rey de mal humor; pero Pablo dejó al rey muy contento, porque le dijo que el marqués era un pedante aventurero, un trasto con bigotes, una uña venenosa, un garbanzo lleno de ambición, indigno de casarse con señora tan principal como la hija del gran rey que le había hecho la honra de cortarle las orejas: "Es tan vano ese macacuelo —dijo Pablo— que se cree capaz de pelear con un gigante. Por aquí cerca hay uno que tiene muerta de miedo a la gente del campo, porque se les lleva para sus festines todas sus ovejas y sus vacas. Y Meñique no se cansa de decir que él puede echarse al gigante de criado".

—Eso es lo que vamos a ver —dijo el rey satisfecho.

Y durmió muy tranquilo lo que faltaba de la noche. Y dicen que sonreía en sueños, como si estuviera pensando en algo agradable.

En cuanto salió el sol, el rey hizo llamar a Meñique delante de toda su corte. Y vino Meñique fresco como la mañana, risueño como el cielo, galán como una flor.

—Yerno querido —dijo el rey:— un hombre de tu honradez no puede casarse con mujer tan rica como la princesa, sin ponerle casa grande, con criados que la sir-

van como se debe servir en el palacio real. En este bosque hay un gigante de veinte pies de alto, que se almuerza un buey entero, y cuando tiene sed al mediodía se bebe un melonar. Figúrate qué hermoso criado no hará ese gigante con un sombrero de tres picos, una casaca galoneada con charreteras de oro, y una alabarda de quince pies. Ese es el regalo que te pide mi hija antes de decidirse a casarse contigo.

—No es cosa fácil —respondió Meñique—, pero trataré de regalarle el gigante, para que le sirva de criado, con su alabarda de quince pies, y su sombrero de tres picos, y su casaca galoneada, con charreteras de oro.

Se fué a la cocina; metió en el gran saco de cuero el hacha encantada, un pan fresco, un pedazo de queso y un cuchillo: se echó el saco a la espalda, y salió andando por el bosque, mientras Pedro lloraba, y Pablo reía, pensando en que no volvería nunca su hermano del bosque del gigante.

En el bosque era tan alta la hierba que Meñique no alcanzaba a ver, y se puso a gritar a voz en cuello: “¡Eh, gigante, gigante! ¿dónde anda el gigante? Aquí está Meñique, que viene a llevarse al gigante muerto o vivo”.

—Y aquí estoy yo —dijo el gigante, con un vozerón que hizo encogerse a los árboles de miedo—, aquí estoy yo, que vengo a tragarte de un bocado.

—No estés tan de prisa, amigo —dijo Meñique, con una vocecita de flautín—, no estés tan de prisa, que yo tengo una hora para hablar contigo.

Y el gigante volvía a todos lados la cabeza, sin saber quién le hablaba, hasta que le ocurrió bajar los ojos, y

allá abajo, pequeñito como un pitirre, vió a Meñique sentado en un tronco, con el gran saco de cuero entre las rodillas.

—¿Eres tú, grandísimo pícaro, el que me has quitado el sueño? — dijo el gigante, comiéndoselo con los ojos que parecían llamas.

—Yo soy, amigo, yo soy, que vengo a que seas criado mío.

—Con la punta del dedo te voy a echar allá arriba, en el nido del cuervo, para que te saque los ojos en castigo de haber entrado sin licencia en mi bosque.

—No estés tan de prisa, amigo, que este bosque es tan mío como tuyo; y si dices una palabra más, te lo echo abajo en un cuarto de hora.

—Eso quisiera ver —dijo el gigantón.

Meñique sacó su hacha, y le dijo: “¡Corta, hacha, corta!” Y el hacha cortó, tajó, astilló, derribó ramas, cercenó troncos, arrancó raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y los árboles caían sobre el gigante como cae el granizo sobre los vidrios en el temporal.

—Para, para —dijo asustado el gigante—, ¿quién eres tú, que puedes echarme abajo mi bosque?

—Soy el gran hechicero Meñique, y con una palabra que le diga a mi hacha te corta la cabeza. Tú no sabes con quien estás hablando. ¡Quieto donde estás!

Y el gigante se quedó quieto, con las manos a los lados, mientras Meñique abría su gran saco de cuero, y se puso a comer su queso y su pan.

—¿Qué es eso blanco que comes? —preguntó el gigante, que nunca había visto queso.

—Piedras como no más, y por eso soy más fuerte que tú, que comes la carne que engorda. Soy más fuerte que tú. Enséñame tu casa.

Y el gigante, manso como un perro, echó a andar por delante, hasta que llegó a una casa enorme, con una puerta donde cabía un barco de tres palos, y un balcón como un teatro vacío.

—Oye —le dijo Meñique al gigante:—uno de los dos tiene que ser amo del otro. Vamos a hacer un trato. Si yo no puedo hacer lo que tú hagas, yo seré criado tuyo; si tú no puedes hacer lo que haga yo, tú serás mi criado.

—Trato hecho —dijo el gigante:— me gustaría tener de criado un hombre como tú, porque me cansa pensar, y tú tienes cabeza para dos. Vaya pues; ahí están mis dos cubos: ve a traerme el agua para la comida.

Meñique levantó la cabeza y vió los dos cubos, que eran como dos tanques, de diez pies de alto, y seis pies de un borde a otro. Más fácil le era a Meñique ahogarse en aquellos cubos que cargarlos.

—¡Hola! —dijo el gigante, abriendo la boca terrible—; a la primera ya estás vencido. Haz lo que yo hago, amigo, y cárgame el agua.

—¿Y para qué la he de cargar? —dijo Meñique. Carga tú, que eres bestia de carga. Yo iré donde está el arroyo, y lo traeré en brazos, y te llenaré los cubos, y tendrás tu agua.

—No, no —dijo el gigante—, que ya me dejaste el bosque sin árboles, y ahora me vas a dejar sin agua que beber. Enciende el fuego, que yo traeré el agua.

Meñique encendió el fuego, y en el caldero que colgaba del techo fué echando el gigante un buey entero, cortado en pedazos, y una carga de zanahorias, y cincuenta coles. Y de tiempo en tiempo espumaba el guiso con una sartén, y lo probaba, y le echaba sal y tomillo, hasta que lo encontró bueno.

—A la mesa, que ya está la comida —dijo el gigante:— y a ver si haces lo que hago yo, que me voy a comer todo este buey, y te voy a comer a ti de postres.

—Está bien, amigo —dijo Meñique—. Pero antes de sentarse se metió debajo de la chaqueta la boca de su gran saco de cuero, que le llegaba del pescuezo a los pies.

Y el gigante comía y comía, y Meñique no se quedaba atrás, solo que no echaba en la boca las coles, y las zanahorias, y los nabos, y los pedazos del buey, sino en el gran saco de cuero.

—¡Uf! ya no puedo comer más! —dijo el gigante—; tengo que sacarme un botón del chaleco.

—Pues, mírame a mí, gigante infeliz —dijo Meñique—, y se echó una col entera en el saco.

—¡Uha! —dijo el gigante:— tengo que sacarme otro botón. ¡Qué estómago de avestruz tiene este hombrecito! Bien se vé que estás hecho a comer piedras.

—Anda, perezoso —dijo Meñique:— come como yo— y se echó en el saco un gran trozo de buey.

—¡Paff! —dijo el gigante:— se me saltó el tercer botón; ya no me cabe un chicharo, ¿cómo te va a ti, hechicero?

—¿A mí? —dijo Meñique— no hay cosa más fácil que hacer un poco de lugar.

Y se abrió con un cuchillo de arriba abajo la chaqueta y el gran saco de cuero.

—Ahora te toca a ti —dijo Meñique—; haz lo que yo hago.

—Muchas gracias —dijo el gigante—. Prefiero ser tu criado. Yo no puedo digerir las piedras.

Besó el gigante la mano de Meñique en señal de respeto, se lo sentó en el hombro derecho, se echó al izquierdo un saco lleno de monedas de oro, y salió andando por el camino del palacio.

V

En el palacio estaban de gran fiesta, sin acordarse de Meñique, ni de que le debían el agua y la luz; cuando de repente oyeron un gran ruido, que hizo bailar las paredes, como si una mano portentosa sacudiese el mundo. Era el gigante, que no cabía por el portón, y lo había echado abajo de un puntapié. Todos salieron a las ventanas a averiguar la causa de aquel ruido, y vieron a Meñique sentado con mucha tranquilidad en el hombro del gigante, que tocaba con la cabeza el balcón donde estaba el mismo rey. Saltó al balcón Meñique, hincó una rodilla delante de la princesa y le habló así:—“Princesa y dueña mía, tú deseabas un criado y aquí están dos a tus pies”.

Este galante discurso, que fué publicado al otro día en el diario de la corte, dejó pasmado al rey, que no halló excusa que dar para que no se casara Meñique con su hija.

—Hija —le dijo en voz baja—, sacrificate por la palabra de tu padre el rey.

—Hija de rey o hija de campesino —respondió ella—, la mujer debe casarse con quien sea de su gusto. Déjame, padre, defenderme en esto que me interesa. Meñique —siguió diciendo en alta voz la princesa:— eres valiente y afortunado, pero eso no basta para agradar a las mujeres.

—Ya lo sé, princesa y dueña mía; es necesario hacerles su voluntad, y obedecer sus caprichos.

—Veo que eres hombre de talento —dijo la princesa—. Puesto que sabes adivinar tan bien, voy a ponerte una última prueba, antes de casarme contigo. Vamos a ver quien es más inteligente, si tú o yo. Si pierdes, quedo libre para ser de otro marido.

Meñique la saludó con gran reverencia. La corte entera fué a ver la prueba a la sala del trono, donde encontraron al gigante sentado en el suelo con la alabarda por delante y el sombrero en las rodillas, porque no cabía en la sala de lo alto que era. Meñique le hizo una seña, y él echó a andar acurrucado, tocando el techo con la espalda y con la alabarda a rastras, hasta que llegó a donde estaba Meñique, y se echó a sus pies, orgulloso de que vieran que tenía a hombre de tanto ingenio por amo.

—Empezaremos con una bufonada —dijo la princesa—. Cuentan que las mujeres dicen muchas mentiras. Vamos a ver quién de los dos dice una mentira más grande. El primero que diga: “¡Eso es demasiado!” pierde.

—Por servirte, princesa y dueña mía, mentiré de juego y diré la verdad con toda el alma.

—Estoy segura —dijo la princesa—, de que tu padre no tiene tantas tierras como el mío. Cuando dos pastores tocan el cuerno en las tierras de mi padre al anochecer, ninguno de los dos oye el cuerno del otro pastor.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique—. Mi padre tiene tantas tierras que una ternerita de dos meses que entra por una punta es ya vaca lechera cuando sale por la otra.

—Eso no me asombra —dijo la princesa—. En tu corral no hay un toro tan grande como el de mi corral. Dos hombres sentados en los cuernos no pueden tocarse con un aguijón de veinte pies cada uno.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique—. La cabeza del toro de mi casa es tan grande que un hombre montado en un cuerno no puede ver al que está montado en el otro.

—Eso no me asombra, —dijo la princesa—. En tu casa no dan las vacas tanta leche como en mi casa, porque nosotros llenamos cada mañana veinte toneles, y sacamos de cada ordeño una pila de queso tan alta como la pirámide de Egipto.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique—. En la lechería de mi casa hacen unos quesos tan grandes que un día la yegua se cayó en la artesa, y no la encontramos sino después de una semana. El pobre animal tenía el espinazo roto, y yo le puse un pino de la nuca a la cola, que le sirvió de espinazo nuevo. Pero una mañanita le salió un ramo al espinazo por encima de la piel, y el ramo

creció tanto que yo me subí en él y toqué el cielo. Y en el cielo vi a una señora vestida de blanco, trenzando un cordón con la espuma del mar. Y yo me así del hilo, se me reventó, y caí dentro de una cueva de ratones. Y en la cueva de ratones estaban tu padre y mi madre, hilando cada uno en su rueca, como dos viejecitos. Y tu padre hilaba tan mal que mi madre le tiró de las orejas hasta que se caían a tu padre los bigotes.

—¡Eso es demasiado! —dijo la princesa—. ¡A mi padre el rey nadie le ha tirado nunca de las orejas!

—¡Amo, amo! —dijo el gigante—. ¡Ha dicho! “Eso es demasiado!” La princesa es nuestra.

VI

—Todavía no —dijo la princesa, poniéndose colorada—. Tengo que ponerte tres enigmas, a que me los adivines, y si adivinas bien, en seguida nos casamos. Dime primero: ¿qué es lo que siempre está cayendo y nunca se rompe?

—¡Oh! —dijo Meñique—; mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es la cascada!

—Dime ahora —preguntó la princesa, ya con mucho miedo:— ¿quién es el que anda todos los días el mismo camino y nunca se vuelve atrás?

—¡Oh! —dijo Meñique—; mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es el sol!

—El sol es —dijo la princesa, blanca de rabia—. Ya no queda más que un enigma. ¿En qué piensas tú y no

pienso yo? ¿qué es lo que yo pienso, y tú no piensas? ¿qué es lo que no pensamos ni tú ni yo?

Meñique bajó la cabeza como el que duda, y se le veía en la cara el miedo de perder.

—Amo —dijo el gigante—, si no adivinas el enigma, no te calientes las entendederas. Hazme una seña, y cargo con la princesa.

—Cállate criado —dijo Meñique—; bien sabes tú que la fuerza no sirve para todo. Déjame pensar.

—Princesa y dueña mía —dijo Meñique, después de unos instantes en que se oía correr la luz—. Apenas me atrevo a descifrar tu enigma, aunque veo en él mi felicidad. Yo pienso en que entiendo lo que me quieres decir, y tu piensas en que yo no lo entiendo. Tú piensas como noble princesa que eres, en que este criado tuyo no es indigno de ser tu marido, y yo no pienso que haya logrado merecerte. Y en lo que ni yo ni tú pensamos es en que el rey tu padre y este gigante infeliz tienen tan pobres. . .

—Cállate —dijo la princesa— aquí está mi mano de esposa, marqués Meñique.

—¿Qué es eso que piensas de mí, que lo quiero saber? —preguntó el rey.

—Padre y señor —dijo la princesa, echándose en sus brazos—, que eres el más sabio de los reyes, y el mejor de los hombres.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo el rey—, y ahora, déjenme hacer algo por el bien de mi pueblo. ¡Meñique, te hago duque!

—¡Viva mi amo y señor, el duque Meñique! —gritó el gigante, con una voz que puso azules de miedo a los

cortesanos, quebró el estuco del techo, e hizo saltar los vidrios de las seis ventanas.

VII

En el casamiento de la princesa con Meñique no hubo mucho de particular, porque de los casamientos no se puede decir al principio, sino luego, cuando empiezan las penas de la vida y se ve si los casados se ayudan y quieren bien, o si son egoístas y cobardes. Pero el que cuenta el cuento tiene que decir que el gigante estaba tan alegre con el matrimonio de su amo que le iba poniendo su sombrero de tres picos a todos los árboles que encontraba, y cuando salió el carruaje de los novios, que era de nácar puro, con cuatro caballos mansos como palomas, se echó el carruaje a la cabeza, con caballos y todo, y salió corriendo y dando vivas, hasta que los dejó a la puerta del palacio, como deja una madre a su niño en la cuna. Esto se debe decir, porque no es cosa que se vé todos los días.

Por la noche hubo discursos, y poetas que les dijeron versos de bodas a los novios, y lucecitas de color en el jardín, y fuegos artificiales para los criados del rey, y muchas guirnaldas y ramos de flores. Todos cantaban y hablaban, comían dulces, bebían refrescos olorosos, bailaban con mucha elegancia y honestidad al compás de una música de violines, con los violinistas vestidos de seda azul, y su ramito de violeta en el ojal de la casaca. Pero en un rincón había uno que no hablaba ni canta-

ba, y era Pablo, el envidioso, el paliducho, el desorejado, que no podía ver a su hermano feliz, y se fué al bosque para no oír ni ver, y en el bosque murió, porque los osos se lo comieron en la noche oscura.

Meñique era tan chiquitín que los cortesanos no supieron al principio si debían tratarlo con respeto o verlo como cosa de risa; pero con su bondad y cortesía se ganó el cariño de su mujer y de la corte entera, y cuando murió el rey, entró a mandar, y estuvo de rey cincuenta y dos años. Y dicen que mandó tan bien que sus vasallos nunca quisieron más rey que Meñique, que no tenía gusto sino cuando veía a su pueblo contento, y no les quitaba a los pobres el dinero de su trabajo para dárselo, como otros reyes, a sus amigos holgazanes, o a los matachines que lo defienden de los reyes vecinos. Cuentan de veras que no hubo rey tan bueno como Meñique.

Pero no hay que decir que Meñique era bueno. Bueno tenía que ser un hombre de ingenio tan grande; porque el que es estúpido no es bueno, y el que es bueno no es estúpido. Tener talento es tener buen corazón; el que tiene buen corazón, ese es el que tiene talento. Todos los pícaros son tontos. Los buenos son los que ganan a la larga. Y el que saque de este cuento otra lección mejor, vaya a contarla en Roma.

LOS CHINOS EN NUEVA YORK

(El entierro de Li-In-Du)

Por un instante cesó el afán de la política, y abrió pasó Nueva York a los chinos vestidos de colores que con magnas honras, a usansa asiática, seguían el féretro del general ilustre de los Pabellones Negros, de Li-In-Du, que se les ha muerto en los brazos. Pasen lejos ahora las procesiones de los partidos, las carretas de oratoria transeunte, las músicas electorales. Hoy hay música extraña, la música de los funerales de Li-In-Du. Vamos, con Nueva York curiosa, a oírla. Li-In-Du fué persona valiente: derrotó a Francia en Tonkín; usó de su prestigio para favorecer a los amigos de la libertad, ni el prestigio le valió contra la persecución de los autoritarios, que no quieren sacar a China de su orden de clases; con la vida escapó apenas, seguido hasta San Francisco de algunos tenientes fieles; no peregrinó en el ocio, como tanto espadón de nuestra raza, que cree que el haber sido hombre una vez, defendiendo a la patria, le autoriza a dejar de serlo, viviendo en ella. ¡La libertad tiene sus bandidos! Y Li-In-Du no quiso ser de ellos, sino que se empleó en traficar en

cosas de su tierra, que es, con lavar ropa y servir de comer, en lo que por acá permiten a los chinos ocuparse.

Mott es en Nueva York la calle de ellos, donde tienen sus bancos, su bolsa, sus sastres y peluquerías y sus fondas. Hay un chino abate, sabidoso y melífero de buenas carnes y rosas en el rostro, de poco pómulo y boca glotona, de ojo diestro y vivo. Hay el chino de tienda, terroso de color, de carnes fofas y bolsudas, arremangados la blusa y los calzones, el pelo corto hirsuto, el ojo ensangrentado, la mano cebada y uñosa, la papada de tres pisos, y por bigotes dos hilos. Hay el chino errante, acorralado, áspero y fosco, que cargó espada o pluma y vive de memorialista y hombre bueno, mudo y locuaz por turnos, sujeto a ración por el rico ignorante que halla gusto en vengarse así de quien tiene habitada la cabeza, y hay el chino de las lavanderías, que suele ser mozo e ingenuo, alto y galán de cara, con brazaletes de ágata en los pulsos; pero más es canijo y desgarbado, sin nobleza en la boca o la mirada, manso y deforme; o rastrea en vez de andar, combo y negruzco, con dos vidrios por ojos, y baboso del opio.

Pero hoy las tarimas de opio están vacías; los lavaderos tiene cerrada la tienda; no hay gente a la puerta de las casas de comestibles; llevan banda de luto en los balcones las farolas con que se anuncian las fondas. Mott y sus alrededores están llenos de gente de Asia, congregada para llevar a la tumba, con honor, a su prohombre Li-In-Du; lleno de los irlandeses e italianos, que lo comparten con ellos, aquel barrio lodoso y fétido; lleno de curiosos de

todas partes del mundo, que a millas repletan las calles por donde va a pasar la procesión.

El hombre amarillo lleva el ojo de la fiera cazada; va mirando a su alrededor, como para precaverse de una ofensa; va blasfemando a media voz, lleno el ojo de fuego; va con la cabeza baja, como para que le perdonen la culpa de vivir. Van en grupos hacia la casa funeral; van de dos en dos, chato el sombrero negro, veste y calzón de paño azul oscuro, las manos cruzadas al pecho, los pies en las zapatillas de cordón, sobre las que danzan, como enaguas, los calzones; van entrando en la sala mortuoria, que es una caballeriza forrada hoy de negro, y en el techo dos fajas en cruz, negra una y otra blanca; van, de dos en dos, postrándose ante el altar encendido, a los pies del cadáver, junto a dos mesas cargadas de la cabra, de los corderos, de las naranjas y pastelería cercadas de flores, que se servirán tres días después a los amigos del muerto en el banquete cinerario, que se celebra en silencio y a la hora callada de la noche. De dos en dos van tomando ante el altar de las siete luces las tazas de óleo y arroz santo que les dan por comunión los sacerdotes de la túnica blanca, con banda y casquete negros. Y vierten las tazas de dos en dos en la cuba que aguarda la ofrenda al pie del ataúd, junto al tiesto donde arden en tierra fresca las velas del alma.

Y el muerto está en su ataúd de paño rico y mucha argentería, en descubierto de la cintura a la cabeza de hombre firme, ojos hondos y metidos hacia la nariz, nariz de fosas anchas, boca fina apretada, la trenza de atrás traída como corona por la frente y una mano al pecho,

cubierto de papel moneda de Asia para pagar el portazgo del cielo. En tazas de bronce humean en torno los perfumes sagrados: la vela del alma, de humo espeso de cera; a la cabeza del ataúd, en un pendón, están en círculos blancos los pecados del difunto, que ha de domar para ascender al elíseo que los corona, representado por una mancha negra. Ya no caben en la mesa las pilas de frutas, los cestos de nuez, las fuentes de limones, las torres de pastel funeral. Ya no tienen espacio los que llegan para abrirse camino hasta el altar y prosternarse tres veces seguidas, y dejar en la cuba los óleos y en las mesas las flores.

Pero no se mesan el cabello, ni se desgarran los vestidos, ni se descubren la cabeza, ni cesan de fumar, ni muestran pena por el cambio de estado del que les defendió tan bien la tierra al pie de la gran bandera roja. El que ha hecho mil y trescientas obras buenas, ¿no es inmortal, por la ley de Tao, en los cielos? ¡Vencer al francés fué más que hacer trescientas obras buenas, que es lo que se necesita para ser como teniente de la inmortalidad, o inmortal en la tierra! La vida es como la pared de la jarra, que contiene el vacío útil, el vacío que se llena con leche, con vino, con miel, con perfume; pero más que la pared vale en la jarra el vacío, como la eternidad, dichosa y sin límites, vale más que la existencia, donde el hombre no puede hacer triunfar la libertad. Morir, ¿no es volver a lo que se era en principio? La muerte es azul, es blanca, es color de perla, es la vuelta al gozo perdido, es un viaje. ¡Para eso lleva bastantes provisiones!

Y con las manos hundidas en sus blusas de invierno, hablan de que Li-In-Du era general terrible; que en la batalla parecía un pilar con alas, un pilar de los que el chino erige para espantar los demonios; de que mató mucho francés, aunque Tao dice que no se ha de pisar un insecto ni cortar un árbol, porque es destruir la vida; de que era gran comerciante en drogas y telas, y tes y comestibles, aunque la ley de Tao es que no se persigan los falsos honores de la vanidad ni las riquezas del mundo.

¡Ese era el Tao viejo, que ya tiene en el cielo la barba helada! Y por entre la humareda de incienso y los cigarrillos, se ve venir a un doliente vestido de azul, que en lo alto de los brazos trae un cerdo relleno, rodeado de rosas.

Y los de la túnica blanca se echan a un lado para que llegue al altar, por entre los de túnica gris y casquete rojo, un anciano que avanza a pasos solemnes, con manto canario de vueltas negras. No se ve, del mucho humo, ni se oye la salutación del viejo entre los alaridos y estruendo rabioso de la música: "¡Fom, Bang! ¡Batantan! ¡Piii! ¡Bon, son, son!" Y el aire despedazado chirria y cruje. Se echa el viejo sobre el cristal del ataúd, lo besa tres veces y tres veces exhala un grito terrible, un grito que, al fin, pone miedo y silencio.

Vuelve al altar, empuña una bandera y canta en verso las hazañas de Li, la falta que va a hacer al mundo y la fiesta que habrá ahora en el monte de Tao. Y otros cantan después de él: el uno arrodillado y frente en tierra; el otro gesticulando, como quien describe una batalla, mientras arden a sus pies en un tazón con dos sierpes

por asas, las oraciones que el celestial quema de rodillas, en vez de entonarlas con los labios.

Ya el cuarto es bandera, y están formando la procesión. De afuera, de afuera la veremos. Afuera se ve toda.

¿Es ejército o es funeral? Por entre el gentío pasean sobre las cabezas faroles y pendones, se ven caballos blancos. Los jinetes van descubiertos, con la trenza envuelta en percal negro, traída a la frente como una diadema. La gran bandera roja, graciosa y soberbia, ondea por sobre todo. Arremete riendo sobre ella la gente agresiva.

¡Cómo mira, cual pronto a morir, el que empuña el pabellón con guante que tiembla! Se le agrupan al asta, sumisos, los oriflamas y estandartes, como hijuelos al tronco, amarillos y verdes, morados y zafiros, rojos y violetas, amarantos y rosas. Se ven los penachos del carro fúnebre y las cabezas negras de los cuatro caballos. Centellea al sol el papel dorado de los emblemas. Pero no se ven ídolos, ni la imagen de Tai-Shin, el dios de la riqueza; ni Kivan-Té va allí tampoco, el dios de las batallas, de cejas de culebra y de la gran manopla. Li-In-Du no cree en imágenes, ni en más dios que el puro Tao creador.

Ya vienen en orden. La policía va delante, hombro con hombro, abriéndose paso, y tras ella una banda alemana, de casco y casaquín, tocando un himno fúnebre. Los generales siguen, los tres generales que en Nanking ayudaron a vencer: van en caballos blancos, montados como quien sabe mejor echar el belfo al enemigo que volverles grupas; son secos negros de cuerpo y de estatura media, y en el rostro más músculos que masa: les ciñe el

casco desnudo un lienzo rojo, y por delante la diadema negra: visten tunicela azul, bragas y calzones, y por luto una banda blanca al cinto: los caballos van enfrenados, sacando bien los pies a pasos lentos. Con grandes pendones enclavados en la cuja del cinturón, pasan tres chinos jóvenes, de blusa y calzón malva, —los pendones donde van escritos los hechos gloriosos del muerto, la náusea con que salió de San Francisco, donde vió al chino contento con su vileza, la agonía de sus días últimos, cuando la muerte iba viniendo a pie, como quien respeta a su víctima; pero votó el congreso de Wáshington, por razones de política interior, la ley de expulsión del celestial, y la muerte no siguió como venía, considerada y despaciosa, sino montó a caballo, y lo mató con la noticia: ¡ay, Li-In-Du, de los que consagran su existencia a ver libre su pueblo y sus conciudadanos dignos!

Y luego venía el estandarte amarillo, en figura de corazón floreado, de la logia que presidía él, de Lun-Gee-Tong; y sus miembros en túnica azul y casquete de seda negra, como los sacerdotes que iban detrás, rodeando al anciano del manto de vueltas negras, con el paso medido en sus túnicas blancas. Un rumor, como un cacareo abogado, saluda a los que pasan ahora, de blusa también, y bombacha y polaina, con grandes fajas blancas al cinto y a la frente: son los veinticinco soldados leales, que por todas partes han seguido a Li-In-Du, y vienen como más altos de lo que son, apretados y altivos, con un bosque de banderas sobre las cabezas; cada uno lleva bandera de un color y presidiéndolas va el palio redondo del mandárin, naranja y morado.

Tras dos farolas blancas siguen en tunicelas de colores varios, con banda al pecho y lazo al codo y al costado, los que traen en astiles rojos, recortadas en cartón con dibujos de oro y flores, las ocho insignias puras, los mandamientos de la ley de Tao, que Tao mismo dió al caudillo Gwin-Li-Du en el monte luminoso de Tien-San, y la santa fruta que Tao comió en el monte, antes de su transfiguración, y la espada con que Gwin defendió la ley divina, y el hacha celeste que cae airada sobre el mundo cuando el malo impera, y la flauta apacible, y el vivaz woohing con que acompañan su dicha los genios redimidos, y las flores celestes que dan olor de te y ni se secan ni se ajan, y la urna blanca de la vida eterna.

Y detrás, ante el féretro, de la mano de un palafrenero, va, sin jinete, con la silla de cuero ribeteado de bronce, un caballo blanco. Luego el carro, con un limosnero de túnica ceniza en el pescante, dejando caer sobre la multitud de trecho en trecho papel moneda del imperio, para que dejen al muerto el paso libre.

Luego el doliente, el sobrino Li-Yung, de manto blanco y banda negra, con la cabeza descubierta. Luego, en dos diligencias negras y amarillas, la música china, chillona y discorde, sin notas ni frases, sonando más que a duelo, a triunfo y alegría. Y luego el séquito de chinos masones, de gabán y sombrero de pelo, con el mandil de las tres letras, y mil chinos más de dos en dos, con los brazos cruzados.

Y ese gentío de colores, y los cuatro caballos blancos, y las banderas, y las insignias de Tao se agruparon en el cementerio junto a la fosa, donde los empujaban con ri-

sas y chistes crueles, millares de curiosos. Los árboles, por hojas, tenían pilluelos. En el techo arruinado de un caserón vecino, unas actrices pelaban naranjas.

De pronto la muchedumbre se echa atrás; caen sobre el suelo las banderas; vuelan por el aire las túnicas y bandadas; sube en onda turbia el humo de la fogata repentina donde se consumen todos los trajes y emblemas funerales, las tunicelas y mantos, el percal de las trenzas, el luto de los caballos, los oriflomas y pendones, las insignias de Tao, con la gran bandera roja, el baúl del muerto.

Y al dispersarse la gente apiñada, se vió el túmulo compuesto al uso celestial: a la cabeza como respaldo, clavado en tierra todo el astil, el corazón masónico; luego, enclavadas también, las dos farolas blancas; de allí a los pies, simulando urnas y cojines, rosas blancas y amarillas; a los pies, y al remate de los lados, las siete velas místicas; y junto a ellas tazas de arroz, platos de col, bollos de pan, montones de tierra regada con vino, buñuelos y pasteles, y dos pollos asados, que es el banquete que disponen en cuclillas los amigos de Li-In-Du, para que no pase penas de hambre en su viaje difícil a la mansión de los genios, donde va a ser Djinn venturoso e inmortal, viendo de cerca en su espíritu puro a los que amó en vida, intercediendo por que el hombre sea bueno y China libre, y favoreciendo a sus conocidos y parientes con dádivas y milagros.

EL CENTENARIO DE WASHINGTON

Esta noche ha comenzado el Centenario suntuoso de la primera jura de Washington. De eso sólo se ocupa la ciudad. Ya no cabe en los hoteles la gente que llega. Las calles están llenas de campesinos endomingados, de novias de aldea que se pasean por Broadway con los guantes de boda, de ancianas satisfechas, de esas de quitasol y ridículo, que sonríen a la multitud, para que les admiren el vestido escocés, o dorado y azul, o verdepino con adornos de plata. En las escuelas no se da clase, sino de patriotismo, y cada niño recita un arranque de Patrick Henry, el primer abogado de la guerra, o de Rutledge, el orador ardiente del Congreso filadelfiano, que el inglés Chathan proclamó el primer Congreso del mundo, o de Henry Clay, el que halló bien que en los días de amargura los hombres amen a su patria hasta el sacrificio; a las niñas les enseñan versos de Emerson, de Lowell, de Whittier, en que se celebra "el cañonazo que dió la vuelta al mundo", "el aire que respiraron Dekalb y Sumter", "el suelo que nos dió este hombre imperial"; o cesa la enseñanza, y salen a la calle con los maestros a ensayar el paso con que han de ir estos soldados de mañana en la procesión a que le están levantando arcos más altos que

la cruz de las iglesias. Se piensa en Roma cuando se pasea estos días por las calles principales, llenas de travesaños y virutas, de escaleras y puntales, de los estrados donde, a tanto por cabeza, van a ver la procesión el señorío y el pueblo. El señorío quiso hacer suya la fiesta, como cosa de herencia personal, y ocasión de lucir la sangre, que los que vienen de los próceres de la revolución creen tener más fina que los que han comprado libreas para sus lacayos con el dinero del comercio y los ferrocarriles. Ni de las procesiones siquiera se habla tanto como del baile que trae a capirotazos a toda la gente linajuda, aunque una procesión va a ser de buques, como la que salió a recibir a Washington cuando vino a Nueva York a jurar la presidencia, y en otra van a marchar juntos, como pocas veces se les vió, los federales azules, que celebran el centenario como la confirmación de su poder, y los confederados grises, que tienen a Washington por suyo propio, porque él fué la flor y la gloria del Estado materno, de la romántica Virginia; y la parada mayor será la cívica, la parada popular, con muchas maravillas, pasos y alegorías, y Washington y su mujer de cera en su coche, como cuando iban los domingos a la iglesia, o venían de bailar el minué en casa del embajador español, hombre de buenos vinos y espada de ceremonia, muy mentado por sus bailes de tono, en que se servían nueces, helados y manzanas.

Los eruditos y los curiosos son los que hablan de estas cosas, y saben si Washington deletreaba bien el inglés en sus cartas sesudas, o si escribió o no con asesor lo que pasa por suyo, o si fué de verdad tan pomposo como lo

pintan, y tan amigo del clarete y del Madera, o si amó o no fuera de casa. Los libreros dicen que no han vendido estos días más literatura de Washington, más *Vidas* de Irving o Hale, más *Escritos* de Sparks, más *Mount Vernon* de Lossing, que los que venden usualmente, que nunca son muchos. De lo que no se cansan de hablar pobres y ricos es del baile famoso; de la fatiga de los linajudos porque el baile no se les fuera de las manos y parase en cosa pública; de las escaleras que hay que subir, y los pesos que hay que pagar, para obtener de los ceñudos caballeros una papeleta de entrada, impresa en letras de oro, con el medallón del prohombre en el centro; de que por fin vendrán al baile los representantes y senadores del Estado de New York, entre quienes resulta que anda un encubridor de bandoleros, que no hace malos discursos; de que ha habido entre los "cuatrocientos", entre lo de arriba de la nata y lo fino de la flor, peleas mortales de hombres y mujeres, porque la junta no quiere dar puesto en el cotillón de honor a quien no venga en línea recta, sin escapadas ni menjurjes, de las familias que bailaron en casa del francés Moustier la contradanza célebre de la primera inauguración, cuando salió Washington de traje de terciopelo y sin espada, a hacer paso y cadena, al son de los violines, con aquella desdeñosa, aquella coqueta Sally Carry, que lo dejó cuando joven para casarse con un lord Fairfax. Se cuchicheó mucho entonces, y ahora más; porque por mucho que estiran la genealogía los ricos, no les llega a cien años, o le quiebra una rama un tendero como Astor, o un botero como Vanderbilt, o un especiero como Peter Cooper, por lo que

ha habido millonario despechado que está ya en viaje para sus castillos de Inglaterra, antes de morderse los labios en el baile, viendo desde su palco piruetear entre Adameses y Jays, entre Hamiltons y Fishes, entre Lewises y Ferrys, entre Morrisés y Kings, a "unas pobretas mal vestidas", con "pedrotes montados en plata", como si el venir de los fundadores de un pueblo fuera más mérito que el de aprovecharse de él para hacerse bañaderas de marfil, alcobas de ónix y comedores de oro.

Pero cuando, desde el mismo escritorio de caoba que usó Washington en sus tiempos de Presidente, declaró hoy un delegado del Corregidor de la ciudad abiertas, con la "Exhibición de Retratos y Reliquias", las fiestas del Centenario de la jura, no faltaba en los salones, en los cinco salones repletos, una cara conocida: allí las damas mentoras, que amparan beneficencias y dan banquetes; allí las herederas principales, con trajes de seda parada y talle suelto, como en los tiempos de "la hija adoptiva", la lindísima Nelly, a quien le compró Washington un clavicordio de mil pesos; allí, como mendigos de estas reinas, los pobres galanes, con franja en el pantalón solapa de raso; allí los que se llevan el corazón con su cabeza blanca, con aquel modo de inclinarse ante las mujeres que ya se va olvidando, con aquellas corbatas de tres vueltas y casacas de ala de pollo, los viejos con su sonrisa de resucitados. De memoria conocen los viejos los retratos de Washington: los jóvenes pasan sin mirar, aliándose el capuz, tentándose el corsé, codeando.

Y no se sabe lo que ver primero. Hay trajes de la revolución, armas de las que vencieron al inglés Cornwa-

llis, periódicos de la época en que contendían "Pacificus" y "Helvius", óleos y miniaturas, muebles y libros, loza y argentería. Junto a la mascarilla de Washington, donde se le ve el rostro noble y fuerte, ancho por los ojos, de boca reflexiva y nariz de poder, con el labio de arriba embebido, está un tocador donde se besan dos palomas, un cubierto de mango de piedra verde, un encaje del que se ponía el prohombre de puño, y la pierna de palo del embajador que encantó y aconsejó a París, de "Gouverneur" Morris. Todo el mundo quiere ver a la vez las espadas; la corta, de cabo de hierro, que llevaba Washington, el único oficial que quedó con caballo en la derrota cuando la guerra india del Monongahela; la de puño de plata, de guarda hecha a cincel, con vaina blanca y cordón de plata pura, que cargaba al cinto cuando puso la mano en la biblia de los masones y prometió servir a su país como caballero honrado; la de puño de oro que le regaló Lafayette, fina y esbelta como su donante. Entre las espadas enseñan los pistolones el cabo marroquí, y la chispa mordida por las tenazas del gatillo, que es toda una ferretería. Al lado están las platas de aquel tiempo, las cafeteras lisas, con mucho cuerpo del mango al pico, y el mango de ébano; las cestas cincelañas, para que se viera bien la fruta; los candelabros estriados, con su base de escalinata y su capitel corintio; las salseras capaces, con el asa imitando una paloma; los jarros altos y delgados como columnas, con el ángel arrodillado ante la corona de la tapa, y los relieves de guerras y de biblias.

¿Qué autógrafo se verá primero? ¿El de Lafayette, franco y firme, no sin sus adornos y vueltas, o el de

Washington, que peca por la ortografía, sólido y preciso como su carácter, con muchos puntos y comas y guiones, de letra corrida y de tamaño común, que no cambia jamás, bien apunte las libras que adelanta a sus hijastros del dinero que les administra, bien escriba a su mujer que ha arrodillado a Inglaterra en Saratoga, y no tienen ya que hacer las águilas republicanas?

¿A los periódicos se irá primero, o a los trajes? Los periódicos de entonces eran muchos, de tres o cuatro columnas y más sustancia que páginas. Todo era *El Federal*, *El Americano*, *El Colombiano*. Había Mentores, Monitores, Censores, Anunciadores, Crónicas, Gacetas, Centinelas, Heraldos. Uno era *Argus*, otro *Estrella* y otro *Paladión*. Allí se publicaba la "historia de Eugenio y Florinda", o "el largo y detallado encuentro de nuestro buque *Hampden* con un barco de guerra inglés de las Antillas", o "pensamientos sobre la guerra", o cartas de polémica y consejo con firmas bucólicas o romanas. Y al fin los anuncios, de un jardinero que vende semillas, de un tendero que acaba de traer sedas francesas y botones con el retrato de Franklyn, de un librero que obrece libros de salmos; de un buey y un negro que se han perdido, el buey, bermejo, y el negro cojo. Aquí está el baúl de Washington, el baúl de campaña, no mayor que una maleta de ahora, de cuero claveteado, con la tapa de haldas. Esos son los platos de estaño de Su Excelencia, en los que daba a comer con mucha ceremonia a su familia de ayudantes o a los marqueses del rey francés, a quienes asombraba aquel poner y quitar mesas, y servir la cena cuando estaban cascando las nueces del festín de por la

tarde, donde todos comían como héroes, menos "el hombre más grande y virtuoso del mundo", que se contentaba con una sencillez y su Madera para los brindis que eran de uso entonces—, unos cuatro o cinco brindis.

De los trajes, el más lujoso es el del munífico John Adams, caballero de peluca y bastón y de chupa de terciopelo y chaleco enflorado; pero el que se viene a ver es el vestido de seda castaña que llevó Washington el día de la jura, y no estuvo mal, según cuentan, en aquel cuerpo formidable, que tenía de las corvas a la coietilla la altura de una persona de buen tamaño; es de tapa el calzón, abotonado y abrochado a la rodilla; y el chaleco tiene sobre los bolsillos tres botones de seda, como en la hilera del pecho y en las bocamangas; allá, solitario, en un maniquí con el seno de papel, cuelga un traje de mujer de la misma seda, el traje vacío de Martha Washington —la de familia ilustre—, "era de Dwindidge"—la que "nunca fué bonita"—la celosa, la viuda rica, la que en los años de la guerra iba a vivir con su señor en el campamento cuando se aquietaba la campaña. ¡Entonces no era como cuando se comía en la vajilla de porcelana de lo mejor, con una orla de mirto y otra de laurel, y la "G. & M. W." en medio del plato, en un cerco de rosas, y arriba un águila de oro con las estrellas a la cabeza y los rayos a los pies! Debajo de un cristal están juntos un traje verde de mujer, de mangas muy floridas y una capa de miliciano.

Washington, Hamilton y Franklin se llevan los ojos en la galería de retratos. Ni Washington oscurece a Hamilton, el chiquitín isleño, el tesorero de la guerra y de

la primera presidencia, el que se sacó de la cabeza casi divina la república armada; el de los ojos azules como el mar de sus Antillas, de boca fina que va a romper a hablar, de frente alta por las cejas y echada muy atrás hacia el pelo de espaciosas entradas; la levita le hace pliegues sobre el pecho, como si sobrase lo de abajo; la cara fea resplandece con gracia de Apolo.

Franklín no quiso que lo vieran poco galán, y regaló él mismo su retrato al pastel, con todos los ojos azules y rosados de su carne sana; la frente se le levanta como en doble cúpula sobre ambas cejas, y tiene el ceño arrugado como del mucho pensar; los ojos de párpados claros dicen: "no me mientas"; la boca es como de quien se ríe a sus horas y sabe callar, con el labio de abajo como burlándose del de arriba y de los que se lo ven; el cabello gris, fino como seda, le cae por los hombros; es de un paño de perla el traje y el abdomen voluminoso.

Washington está mejor, con su perfil aguileño, su nariz caída por la edad, su labio encogido, su barba firme, cuando le saca a hurtadillas el retrato un curioso en la iglesia, que cuando se sienta con polvos y pompas a que le copien a la vez la cara presidencial tres pintores a quienes el respeto de su persona les hace temblar la mano. De muchos pintores se dejó retratar, y aun sacar en vida la mascarilla donde se le ve la magnanimidad y entereza. El se retrató cuando volvía de su primera gloria, de haber ido sin guardia, por entre indios asesinos y guías traidores, a decirle al francés que echara atrás los fuertes que estaban plantando en tierra inglesa; cuando de guerra en guerra ganó la coronelía, la mano de la viuda y el res-

peto de sus americanos; cuando el arrebatado Patrick Henry declaraba que no había en el Congreso de Filadelfia, el que echó los cimientos de la nación, militar más apuesto ni consejero más sesudo, que aquel que años antes se quedó sin palabras con que responder, cuando el presidente de la Asamblea de Virginia le alabó en un discurso improvisado el valor: "¡ A ése, dijo un jefe indio, lo creó el Padre del mundo para que pasase vivo por las balas!" "¡ A ése, dijo un sacerdote inspirado, le ha permitido la Providencia salir salvo de manos de los indios para que preste algún inestimable servicio a su patria!"

Se retrató cuando vivía, ya coronel famoso, en su hacienda de Mount Vernon, cazando y sembrando, con mesa abierta y cuarto libre para los amigos del señorío, cuando supo los agravios de Boston contra los ingleses, y salió de su prudencia, con aquel fuego que guardaba él entre cenizas, para "levantar a su costa dos mil hombres en defensa de la libertad americana"; cuando peleó en tanta estrechez a la cabeza de las tropas, que quinientos pesos le hubieran parecido "la salvación", y un pan fresco, un festín; cuando, echado el inglés, vino entre arcos de flores a Nueva York a jurar su cargo de presidente primero de la República, que rigió con mano de padre; pero sin quitarse los encajes ni el terciopelo: y acababa de retratarse cuando, llegada la hora de morir, acaso por haberse detenido en la mañana lluviosa a acariciar a su caballo de guerra, se sentó en la cama, se compuso la ropa, cruzó los brazos sobre el pecho, y acabó sereno. Pero tal vez su retrato mejor es aquel de cara enjuta, sin bellezas positizas ni adulaciones del pincel, en que clava los ojos inquisidores en el que atenta a su respeto o le compromete

su República; tal vez está mejor en el cuadro de Peale, de militar arrogante con cara traviesa, en traje mahón de casaca azul, con bota negra y acero desenvainado, entre heridos y pabellones, venciendo en Monmouth, que cuando Stuard lo pinta de presidente después de la hora de tocador; cuando los dientes recién hechos le afeaban la encía, y los retoques de colorín le daban a la cara mortecina cierto aire de máscara.

¡No es a ese anciano repintado y frío a quien Federico el Grande llamó el primer general del mundo! Ni el que en una reunión amenazadora de los militares descontentos del poder civil, les pidió permiso para leer con espejuelos el discurso en que les aconseja respetarlo: "¡se me han puesto los ojos débiles en el servicio de mi patria!" Pero no era la caja de espejuelos lo que se agolpaba a ver el gentío favorecido, el gentío rico e ilustre de esta primera noche de la exhibición, el gentío de caballeros y de damas: no era la Biblia sobre que juró: no era el tomo de máximas de Hale en que aprendió la virtud: no eran los platos de estaño: lo que se agolpaban a ver, era la espada.

Pero de pronto se vuelven unánimes todas las cabezas. De reliquias, de retratos, de la argentería de la vajilla, de todo se olvidan:—"¡Encantadora!"

"¡Una reina!" "¡Oh, qué sencillez!" "¡Pero qué alta!" "¡Qué bien le está la frente desnuda!" "Nadie como ella pudiera llevar sin deslucirse ese traje de casimir amarillo!" "¡Traje suelto, y saya casi lisa!" "¡Quién la olvida que la ve sonreír y mirar una vez?" "Oh, qué delicada criatura!" "¡Oh, Mrs. Cleveland!"

Y pasa, graciosa como una niña, del brazo de un anciano.

LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no doble la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado.

Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura que le asienta. Los que te tienen, ¡oh, libertad! no te conocen. Los que no te tienen, no deben hablar de ti, sino conquistarte.

Pero levántate ¡oh, insecto! que toda la ciudad está llena de águilas. Anda, aunque sea a rastras: mira, aunque se te salten los ojos de vergüenza. Escúrrete, como un lacayo abofeteado, entre ese ejército resplandeciente de señores. ¡Anda, aunque sientas que a pedazos se va cayendo la carne de tu cuerpo! ¡Ah! pero si supieran cuánto lloras, te levantarían del suelo, como a un herido de muerte: y tú también sabrías alzar el brazo hacia la eternidad!

Levántate, ¡oh, insecto, que la ciudad es una oda! Las almas dan sonidos como los más acordes instrumentos. Y está oscuro, y no hay sol en el cielo, porque toda luz está en las almas. Florece en las entrañas de los hombres.

¡Libertad, es tu hora de llegada! El mundo entero te ha traído hasta estas playas, tirando de tu carro de victoria. Aquí estás como el sueño del poeta, grande como el espacio de la tierra al cielo.

Ese ruido es del triunfo que descansa.

Esa oscuridad no es la del día lluvioso, ni del pardo Octubre, sino la del polvo, sombreado por la muerte, que tu carro ha levantado en su camino.

Yo los veo, con la espada desenvainada, con la cabeza en las manos, con los miembros deshuesados como un montón informe, con las llamas enroscadas alrededor del cuerpo, con el vapor de la vida escapándose de su frente rota en forma de alas: túnicas, armaduras, rollos de pergamino, escudos, libros, todo a tus pies se amasa y resplandece; y tú imperas al fin por sobre las ciudades del interés y las columnas de la guerra ¡oh, aroma del mundo, oh, diosa, hija del hombre!

El hombre crece: mira cómo ya no cabe en las iglesias, y escoge el cielo como único templo digno de cobijar a su deidad! Pero tú, ¡oh maravilla! creces al mismo tiempo que el hombre; y los ejércitos, y la ciudad entera, y los barcos empavesados que van a celebrarte llegan hasta tus plantas veladas por la niebla, como las conchas de colores que sacude sobre la roca el mar sombrío, cuando el espíritu de la tempestad, envuelto en rayos, recorre el cielo en una nube negra.

¡Tienes razón, libertad, en revelarte al mundo en un día obscuro, porque aún no puedes estar satisfecha de tí misma! ¡Y tú, corazón sin fiesta, canta la fiesta!

Ayer fué, día 28 de Octubre, cuando los Estados Unidos aceptaron solemnemente la estatua de la libertad que les ha regalado el pueblo de Francia, en memoria del 4 de Julio de 1776, en que declararon su independencia de Inglaterra, ganada con ayuda de sangre francesa. Estaba áspero el día, el aire ceniciento, lodosas las calles, la llovizna terca; pero pocas veces ha sido tan vivo el júbilo del hombre.

Sentíase un gozo apacible, como si suavizase un bálsamo las almas; las frentes en que no es escasa la luz la enseñaban mejor, y aun de los espíritus opacos surgía, con un arranque de ola, ese delicioso instinto del decoro humano que da esplendor a los rostros más oscuros.

La emoción era gigante. El movimiento tenía algo de cordillera de montañas. En las calles no se veía punto vacío. Los dos ríos parecían tierra firme. Los vapores, vestidos de perla por la bruma, maniobraban rueda a rueda repletos de gente. Gemía bajo su carga de transeuntes el puente del Brooklyn; Nueva York y sus suburbios, como quien está invitado a una boda, se habían levantado temprano. Y en el gentío que a paso alegre llenaba las calles no había cosa más bella, ni los trabajadores olvidados de sus penas, ni las mujeres, ni los niños, que los viejos venidos del campo, con su corbatín y su gabán flotante, a saludar en la estatua que lo conmemora el heroico espíritu de aquel marqués de Lafayette, a quien de mozos salieron a recibir con palmas y con ramos, porque amó a Washington y lo ayudó a hacer su pueblo libre.

TESTAMENTO POLITICO DE MARTI

Monte-Cristi, República Dominicana, 25 de Marzo de 1895. A Federico Henríquez y Carvajal.

Santo Domingo.

Amigo y hermano: Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada o infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que no las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque usted me la adivina entera, no le hablo de propósito. Escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar,

hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encàrar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y el respeto de la propia suya y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes ⁽¹⁾, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como fuera—, cuando creí que en tamaño riesgo pudieran llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida.

Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república.

La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de

(1) Alude al general Máximo Gómez y sus cuatro compañeros de expedición.

redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, y las prácticas y personas de la guerra.

La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literatos no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno, que, sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan y permitan el desarrollo natural y ascendente a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía.

Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio. Hay que hacer viable e inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua.

Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso ace-

lerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles y yo a rastras con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué no le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quién lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija sueldo? ¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité a la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato, como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de usted, y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama le digo en un grito: ¡hermano! Y no tengo más hermanos que los que la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a usted un goce de altura y de limpieza en lo áspero y feo de este universo humano. Levante también la voz; que si caigo, será también por la independencia de su patria.

EL PADRE LAS CASAS

Cuatro siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el Padre Las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fué bueno. . . . No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre las Casas, porque con la bondad se le fué poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa. Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase: se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda, y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias*, los horrores que vió en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con Colón a la Isla Española en un barco de aquellos de velas infladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo, y con muchos latines. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo

de veinticuatro años. El sol lo veía él siempre salir sobre la cubierta. Iba alegre en el barco, como aquel que va a ver maravillas. Pero desde que llegó empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa, y se vivía como en una flor: ¡pero aquellos conquistadores asesinos debían venir del infierno, no de España! Español era él también, y su padre, y su madre; pero él no salía por las islas Lucayas a robarse a los indios libres: ¡porque en diez años ya no quedaba indio vivo de los tres millones, o más, que hubo en la Española!: él no los iba cazando con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas: él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar, o se les caía el pico porque ya no tenían fuerzas: él no los azotaba, hasta verlos desfamar, porque no sabían decirle a su amo donde había más oro: él no se gozaba con sus amigos, a la hora de comer, porque el indio de la mesa no pudo con la carga que traía de la mina, y le mandó cortar en castigo las orejas: él no se ponía el jubón de lujo, y aquella capa que llamaba ferreruelo, para ir muy galán a la plaza, a las doce, a ver la quema que mandaba hacer la justicia del gobernador, la quema de los cinco indios. El los vio quemar, los vio mirar con desprecio desde la hoguera a sus verdugos: y ya nunca se puso más que el jubón negro, ni cargó caña de oro, como los otros licenciados ricos y regordetes, sino que se fué a consolar a los indios por el monte, sin más ayuda que su bastón de rama de árbol.

Al monte se habían ido, a defenderse, cuantos indios de honor quedaban en la Española. Como amigos habían

recibido ellos a los hombres blancos de las barbas: ellos les habían regalado con su miel y su maíz, y el mismo rey Behechio le dió de mujer a un español hermoso su hija Higuemota, que era como la torcaza y como la palma real: ellos les habían enseñado sus montañas de oro, y sus ríos de agua de oro, y sus adornos, todos de oro fino, y les habían puesto sobre la coraza y guanteletes de la armadura pulseras de las suyas, y collares de oro: ¡y aquellos hombres crueles los cargaban de cadenas; les quitaban sus indias, y sus hijos: los metían en lo hondo de la mina, a halar la carga de piedra con la frente; se los repartían, y los marcaban con el hierro. En aquel país de pájaros y de frutas los hombres eran bellos y amables; pero no eran fuertes. Tenían el pensamiento azul como el cielo, y claro como el arroyo; pero no sabían matar, forrados de hierro, con el arcabuz cargado de pólvora. Con huesos de fruta y con gajos de mamey no se puede atravesar una coraza. Caían, como las plumas y las hojas. Morían de pena, de furia, de fatiga, de hambre, de mordidas de perros. ¡Lo mejor era irse al monte, con el valiente Guaroa, y con el niño Guarocuya, a defenderse con las piedras, a defenderse con el agua, a salvar al reyecito bravo, a Guarocuya! El saltaba el arroyo, de orilla a orilla; él clavaba la lanza lejos, como un guerrero; a la hora de andar, a la cabeza iba él; se le oía la risa de noche, como un canto; lo que él no quería era que lo llevase nadie en hombros. Así iban por el monte, cuando se les apareció entre los españoles armados el Padre las Casas, con sus ojos tristísimos, en su jubón y su fe-

rerreruelo. El no les disparaba el arcabuz: él les abría los brazos. Y le dió un beso a Guarocuya.

Ya en la isla lo conocían todos, y en España hablaban de él. Era flaco, y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo, y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio, a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa con las manos a la espalda, para decirles que venía lleno de espanto, que había visto morir a seis mil niños en tres meses. Y los oidores le decían: "Cálmese, licenciado, que ya se hará justicia": se echaban el ferreruelo al hombro, y se iban a merendar con los encomenderos, que eran los ricos del país, y tenían buen vino y buena miel de Alcarria. Ni merienda ni sueño había para las Casas: sentía en sus carnes mismas los dientes de los perros que los encomenderos tenían sin comer, para que con el apetito les buscasen mejor a los indios cimarrones; le parecía que era su mano la que chorreaba sangre, cuando sabía que, porque no pudo con la pala, le habían cortado a un indio la mano: creía que él era el culpable de toda la crueldad, porque no la remediaba; sintió como que se iluminaba y crecía, y como que eran sus hijos todos los indios americanos. De abogado no tenía autoridad, y lo dejaban solo: de sacerdote tendría la fuerza de la iglesia, y volvería a España, y daría los recados del cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar la corte. Y el

día en que entró de sacerdote toda la isla fué a verlo, con el asombro de que tomara aquella carrera un licenciado de fortuna: y las indias le echaron al pasar a sus hijitos, a que le besasen los hábitos.

Entonces empezó su medio siglo de pelea, para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas; de pelea en Madrid; de pelea con el rey mismo: contra España toda, él solo, de pelea. Colón fué el primero que mandó a España a los indios en esclavitud, para pagar con ellos las ropas y comidas que traían a América los barcos españoles. Y en América había habido repartimiento de indios, y cada cual de los que vino de conquista, tomó en servidumbre su parte de la indiada, y la puso a trabajar para él, a morir para él, a sacar el oro de que estaban llenos los montes y los ríos. La reina, allá en España, dicen que era buena, y mandó a un gobernador que sacase a los indios de la esclavitud; pero los encomenderos le dieron al gobernador buen vino, y muchos regalos, y su porción en las ganancias, y fueron más que nunca los muertos, las manos cortadas, los siervos de las encomiendas, los que se echaban de cabeza al fondo de las minas. "Yo he visto traer a centenares maniatadas a estas amables criaturas, y darles muerte a todas juntas, como a las ovejas." Fué a Cuba de cura con Diego Velázquez, y volvió de puro horror, porque antes que para hacer casas, derribaban los árboles para ponerlos de leñas a las quemazones de los taínos. En una isla donde había quinientos mil "vió con sus ojos" los indios que quedaban: once. Eran aquellos conquistadores soldados bárbaros, que no sabían los mandamientos de la ley, ¡y

tomaban a los indios de esclavos, para enseñarles la doctrina cristiana, a latigazos y a mordidas! De noche, desvelado de la angustia, hablaba con su amigo Rentería, otro español de oro. ¡Al rey había que ir a pedir justicia, al rey Fernando de Aragón! Se embarcó en la galera de tres palos, y se fué a ver al rey. Seis veces fué a España, con la fuerza de su virtud, aquel padre que "no probaba carne". Ni al rey le tenía él miedo, ni a la tempestad. Se iba a cubierta cuando el tiempo era malo: y en la bonanza se estaba el día en el puente, apuntando sus razones en papel de hilo, y dando a que le llenaran de tinta el tintero de cuerno "porque la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y lo estoy poniendo donde no me la pueda negar nadie, en latín y en castellano". Si en Madrid estaba el rey, antes que a la posada a descansar del viaje, iba al palacio. Si estaba en Viena, cuando el rey Carlos de los españoles era emperador de Alemania, se ponía un hábito nuevo, y se iba a Viena. Si era su enemigo Fonseca el que mandaba en la junta de abogados y clérigos que tenía el rey para las cosas de América, a su enemigo se iba a ver, y a ponerle pleito al Consejo de Indias. Si el cronista Oviedo, el de la "Natural Historia de las Indias", había escrito de los americanos las falsedades que los que tenían las encomiendas le mandaban poner, le decía a Oviedo mentiroso, aunque le estuviera el rey pagando por escribir las mentiras. Si Sepúlveda, que era el maestro del rey Felipe, defendía en sus "conclusiones" el derecho de la corona a repartir como siervos, y a dar muerte a los indios, porque no eran cristianos, a Sepúlveda le decía que no

tenían culpa de estar sin la cristiandad los que no sabían que hubiera Cristo, ni conocían las lenguas en que de Cristo se hablaba, ni tenían más noticia de Cristo que la que les habían llevado los arcabuces. Y si el rey en persona le arrugaba las cejas, como para cortarle el discurso, crecía unas cuantas pulgadas a la vista del rey, se le ponía ronca y fuerte la voz, le temblaba en el puño el sombrero, y al rey le decía, cara a cara, que el que manda a los hombres ha de cuidar de ellos, y si no los sabe cuidar, no los puede mandar, y que lo había de oír en paz, porque él no venía con manchas de oro en el vestido blanco, ni traía más defensa que la cruz.

O hablaba o escribía, sin descanso. Los frailes dominicos lo ayudaban, y en el convento de los frailes se estuvo ocho años, escribiendo. Sabía religión y leyes, y autores latinos, que era cuanto en su tiempo se aprendía; pero todo lo usaba hábilmente para defender el derecho del hombre a la libertad, y el deber de los gobernantes de respetárselo. Eso era mucho decir, porque por eso quemaban entonces a los hombres. Llorente, que ha escrito la *Vida de las Casas*, escribió también la *Historia de la Inquisición*, que era quien quemaba: el rey iba de gala a ver la quemazón, con la reina y los caballeros de la corte: delante de los condenados venían cantando los obispos, con un estandarte verde: de la hoguera salía un humo negro. Y Fonseca y Sepúlveda querían que "el clérigo" las Casas dijese en sus disputas algún pecado contra la autoridad de la Iglesia, para que los inquisidores lo condenaran por hereje. Pero el "clérigo" le decía a Fonseca: "¡Lo que yo digo es lo que dijo en su testamento

la buena reina Isabel; y tú me quieres mal y me calumnias, porque te quito el pan de sangre que comes, y acuso la encomienda de indios que tienes en América!" Y a Sepúlveda, que ya era confesor de Felipe II, le decía: "Tú eres disputador famoso, y te llaman el Livio de España por tus historias; pero yo no tengo miedo al elocuente que habla contra su corazón, y que defiende la maldad, y te desafío a que me pruebes en plática abierta que los indios son malhechores y demonios, cuando son claros y buenos como la luz del día, e inofensivos y sencillos como las mariposas." Y duró cinco días la disputa con Sepúlveda. Sepúlveda empezó con desdén, y acabó turbado. El clérigo lo oía con la cabeza baja y los labios temblorosos, y se le veía hincharse la frente. En cuanto Sepúlveda se sentaba satisfecho, como el que hincó el alfiler donde quiso, se ponía el clérigo en pie, magnífico, regañón, confuso, apresurado. "¡No es verdad que los indios de Méjico mataran cincuenta mil en sacrificios al año, sino veinte apenas, que es menos de los que mata España en la horca!" "¡No es verdad que sean gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos; ni somos nosotros quién, con todos nuestros cañones y nuestra avaricia, para compararnos con ellos en tiernos y amigables; ni es para tratado como a fiera un pueblo que tiene virtudes, y poetas, y oficios, y gobierno, y artes!" "¡No es verdad sino iniquidad, que el modo mejor que tenga el rey para hacerse de súbditos sea exterminarlos, ni el modo mejor de enseñar la religión a un indio sea echarlo en nombre de religión a los trabajos de las bestias; y quitarle los hijos y

lo que tiene de comer; y ponerlo a halar de la carga con la frente como los bueyes!" Y citaba versículos de la biblia, artículos de la ley, ejemplos de la historia, párrafos de los autores latinos, todo revuelto y de gran hermosura, como caen las aguas de un torrente, arrastrando en la espuma las piedras y las alimañas del monte.

Solo estuvo en la pelea; solo cuando Fernando, que a nada se supo atrever, ni quería discontentar a los de la conquista, que le mandaban a la corte tan buen oro: solo cuando Carlos V, que de niño lo oyó con veneración, pero lo engañaba después, cuando entró en ambiciones que requerían mucho gastar, y no estaba para ponerse por las "cosas del clérigo" en contra de los de América, que le enviaban de tributo los galeones de oro y joyas; solo cuando Felipe II, que se gastó un reino en procurarse otro, y lo dejó todo a su muerte envenenado y frío, como el agujero en que ha mordido la víbora. Si iba a ver al rey, se encontraba la antesala llena de amigos de los encomenderos, todos de seda y sombreros de plumas, con collares de oro de los indios americanos: al ministro ni le podía hablar, porque tenía encomiendas él, y tenía minas, o gozaba los frutos de las que poseía en cabeza de otros. De miedo de perder el favor de la corte, no le ayudaban los mismos que no tenían en América interés. Los que más lo respetaban, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, o lo decían donde no los oyeran; porque los hombres suelen admirar al virtuoso mientras no los avergüenza con su virtud o les esterba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino bajan los ojos al verlo pasar, o dicen maldades

de él. o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra. El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo: ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!

Y como él era tan sagaz que no decía cosa que pudiera ofender al rey ni a la inquisición, sino que pedía la bondad con los indios para bien del rey, para que se hiciesen más de veras cristianos, no tenían los de la corte modo de negársele a las claras, sino que fingían estimarle mucho el celo, y una vez le daban el título de "Protector Universal de los Indios", con la firma de Fernando, pero sin modo que le acatasen la autoridad de proteger; y otra, al cabo de cuarenta años de razonar, le dijeron que pusiera en papel las razones por qué opinaba que no debían ser esclavos los indios: y otra le dieron poder para que llevase trabajadores de España a una colonia de Cumaná donde se había de ver a los indios con amor, y no halló en toda España sino cincuenta que quisieran ir a trabajar, los cuales fueron, con un vestido que tenía una cruz al pecho, pero no pudieron poner la colonia, porque "el adelantado" había ido antes que ellos con las armas, y los indios enfurecidos disparaban sus flechas de punta envenenada contra todo el que llevaba cruz. Y por fin le encargaron, como por entretenerlo, que pidiese las leyes que le parecían a él bien para los indios. "¡cuantas leyes quisiera, pues, que por ley más o menos no hemos de pelear!" y él las escribía, y las mandaba el

rey cumplir, pero en el barco iba la ley, y el modo de desobedecerla. El rey le daba audiencia, y hacía como que le tomaba consejo; pero luego entraba Sepúlveda, con sus pies blandos y sus ojos de zorra, a traer los recados de los que mandaban los galeones, y lo que se hacía de verdad era lo que decía Sepúlveda. Las Casas lo sabía, lo sabía bien; pero ni bajó el tono, ni se cansó de acusar, ni de llamar crimen a lo que era, ni de contar en su "Descripción" las "crueldades", para que el rey mandara al menos que no fuesen tantas, por la vergüenza de que las supiera el mundo. El nombre de los malos no lo decía, porque era noble y les tuvo compasión. Y escribía como hablaba, con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como un caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo y sacando luces de la piedra.

Fué obispo por fin, pero no de Cuzco, que era obispado rico, sino de Chiapas, donde por lo lejos que estaba el virrey, vivían los indios en mayor esclavitud. Fué a Chiapas, a llorar con los indios; pero no sólo a llorar, porque con lágrimas y quejas no se vence a los pícaros, sino a acusarlos sin miedo, a negarles la iglesia a los españoles que no cumplían con la ley nueva que mandaba poner libres a los indios, a hablar en los consejos del ayuntamiento, con discursos que eran a la vez tiernos y terribles, y dejaban a los encomenderos atrevidos como los árboles cuando ha pasado el vendabal. Pero los encomenderos podían más que él, porque tenían el gobierno de su lado; y le componían cantares en que le decían traidor y español malo; y le daban de noche músicas de cenorro, y le disparaban arcabuces a la puerta para ponerlo

en temor, y le rodeaban el convento armados, todos armados, contra un viejo flaco y solo. Y hasta le salieron al camino de la Ciudad Real para que no volviera a entrar en la población. El venía a pie, con su bastón, y con dos españoles buenos, y un negro que lo quería como a padre suyo; porque es verdad que las Casas, por el amor de los indios, aconsejó al principio de la conquista que se siguiere trayendo esclavos negros, que resistían mejor el calor; pero luego que los vió padecer, se golpeaba el pecho y decía: "¡con mi sangre quisiera pagar el pecado de aquel consejo que dí por mi amor a los indios". Con su negro cariñoso venía, y los dos españoles buenos. Venía tal vez de ver cómo salvaba a la pobre india que se le abrazó a las rodillas a la puerta de su templo mejicano, loca de dolor, porque los españoles le habían matado al marido de su corazón, que fué de noche a rezarle a los dioses: ¡y vió de pronto las Casas que eran indios los centinelas que los españoles le habían echado para que no entrase! ¡El les daba a los indios su vida, y los indios venían a atacar a su salvador, porque se lo mandaban los que los azotaban! Y no se quejó, sino que dijo así: "Pues por eso, hijos míos, os tengo de defender más, porque os tienen tan martirizados que no tenéis ya valor ni para agradecer." Y los indios, llorando, se echaron a sus pies, y le pidieron perdón. Y entró en Ciudad Real, donde los encomenderos lo esperaban, armados de arcabuz y cañón, como para ir a la guerra. Casi a escondidas tuvo que embarcarlo para España el virrey, porque los encomenderos lo querían matar. El se fué a su convento, a pelear, a defender, a llorar, a escribir. Y murió, sin cansarse, a los noventa y dos años.

CARTA A LA MADRE (1)

(1895)

Madre mía: Hoy, 25 de Marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y, ¿por qué nací de usted con vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. Su *José Martí*.

—Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura.

No padezca.

(1) Antes de partir para el lugar en que perdió la vida.

POESÍAS

VERSOS SENCILLOS

Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo
cardo ni ortiga cultivo,
cultivo la rosa blanca.

*

Tiene el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo
porque tengo un buen amigo.

.....

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

*

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte y es
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

*

Yo quiero salir del mundo
por la puerta natural:
en un carro de hojas verdes
a morir me han de llevar.

No me pongan en lo obscuro
a morir como un traidor:
yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol!

*

Yo pienso, cuando me alegro
como un escolar sencillo,
en el canario amarillo,
que tiene el ojo tan negro!

*

Yo quiero, cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores, y una bandera!

*

Cuando al peso de su cruz
el hombre morir resuelve,
sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
como de un baño de luz.

*

Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombres:
¡la esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo!

*

Yo que vivo, aunque me he muerto
soy un gran descubridor,
porque anoche he descubierto
la medicina de amor.

LOS DOS PRINCIPES

IDEA DE LA POETISA NORTEAMERICANA

HELEN HUNT JACKSON

El palacio está de luto
Y en el trono llora el rey,
Y la reina está llorando
Donde no la pueden ver.
En pañuelos de olán fino
Lloran la reina y el rey.
Los señores del palacio
Están llorando también.
Los caballos llevan negro
El penacho y el arnés.
Los caballos no han comido,
Porque no quieren comer.
El laurel del patio grande
Quedó sin hoja esta vez.
Todo el mundo fué al entierro
Con coronas de laurel.
—¡El hijo del rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!

*

* *

En los álamos del monte
Tiene su casa el pastor.
La pastora está diciendo:
“¿Por qué tiene luz el sol?”
Las ovejas cabizbajas,
Vienen todas al portón.
¡Una caja larga y honda
Está forrando el pastor!
Entra y sale un perro triste.
Canta allá adentro una voz—
“Pajarito, yo estoy loca,
Llévame donde él voló!”
El pastor coge llorando
La pala y el azadón.
Abre en la tierra una fosa.
Echa en la fosa una flor:
—¡Se quedó el pastor sin hijo!
¡Murió el hijo del pastor!

LOS ZAPATICOS DE ROSA

A Mademoiselle Mary.
José Martí

Hay sol bueno y mar de espuma,
Y arena fina, y Pilar
Quiere salir a estrenar
Su sombrerito de pluma.

—“¡Vaya la niña divina!”
Dice el padre, y le dá un beso.
“Vaya mi pájaro preso
A buscarme arena fina”.

—“Yo voy con mi niña hermosa”,
Le dijo la madre buena.
“¡No te manches en la arena
Los zapaticos de rosa!”

Fueron las dos al jardín
Por la calle del laurel,
La madre cogió un clavel
Y Pilar cogió un jazmín.

Ella va de todo juego,
Con aro, y balde y paleta;
El balde es color violeta;
El aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar,
Nadie quiere verlas ir,
La madre se echa a reír,
Y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina
A Pilar, que viene y va
Muy oronda:—“¡Dí, mamá!
¿Tú sabes qué cosa es reina?”

Y por si vuelven de noche
De la orilla de la mar,
Para la madre y Pilar
Manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda;
Todo el mundo está en la playa;
Lleva espejuelos el aya
De la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar
Que salió en la procesión
Con tricornio y con bastón,
Echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena
Con tantas cintas y lazos,
A la muñeca sin brazos
Enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,
Sentadas con los señores,
Las señoras, como flores,
Debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos
Tan serios, muy triste el mar;
Lo alegre es allá, al doblar,
En la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas
Mejor allá en la barranca,
Y que la arena es muy blanca
Donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá:
—“¡Mamá, yo voy a ser buena;
Déjame ir sola a la arena;
Allá, tú me ves, allá!”

—“¡Esta niña caprichosa!
No hay tarde que no me enojés:
Anda, pero no te mojes
Los zapaticos de rosa”.

Le llega a los pies la espuma,
Gritan alegres las dos;
Y se va, diciendo adiós,
La del sombrero de pluma.

¡Se vá allá, donde ¡muy lejos!
Las aguas son más salobres,
Donde se sientan los pobres,
Donde se sientan los viejos!

Se fué la niña a jugar,
La espuma blanca bajó,
Y pasó el tiempo, y pasó
Un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía
Detrás de un monte dorado,
Un sombrerito callado
Por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja,
Para andar: ¿qué es lo que tiene
Pilar que anda así, que viene
Con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa
Por qué le cuesta el andar:
—“¿Y los zapatos, Pilar,
Los zapaticos de rosa?”

“¡Ah, loca! ¿en dónde estarán?
¡Dí dónde, Pilar!”—“Señora”,
Dice una mujer que llora:
“¡Están conmigo, aquí están!”

“Yo tengo una niña enferma
Que llora en el cuarto oscuro
Y la traigo al aire puro,
A ver el sol, y a que duerma”.

“Anoche soñó, soñó
Con el cielo, y oyó un canto,
Me dió miedo, me dió espanto,
Y la traje, y se durmió”.

“Con sus dos brazos menudos
Estaba como abrazando;
Y yo mirando, mirando
Sus piecitos desnudos.”

“Me llegó al cuerpo la espuma,
Alcé los ojos, y vi
Esta niña frente a mí
Con su sombrero de pluma.”

—“¡Se parece a los retratos
Tu niña!—dijo:—¿Es de cera?
¿Quiere jugar? ¡si quisiera! . . .
¿Y por qué está sin zapatos?”

“Mira, ¡la mano le abrasa,
Y tiene los pies tan fríos!
¡Oh, toma, toma los míos,
Yo tengo más en mi casa!”

“No sé bien, señora hermosa,
Lo que sucedió después;
¡Le vi a mi hijita en los pies
Los zapaticos de rosa!”

Se vió sacar los pañuelos
A una rusa y a una inglesa;
El aya de la francesa
Se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos,
Se echó Pilar en su pecho,
Y sacó el traje deshecho,
Sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber
De la enferma la señora:
¡No quiere saber que llora
De pobreza una mujer!

—“¡Sí, Pilar, dáselo! ¡y eso
También! ¡tu manta! ¡tu anillo!”
Y ella le dió su bolsillo,
Le dió el clavel, le dió un beso.

Vuelven calladas de noche
A su casa del jardín;
Y Pilar va en el cojín
De la derecha del coche.

Y dice una mariposa
Que vió desde su rosal
Guardados en un cristal
Los zapaticos de rosa.

D O S M I L A G R O S

Iba un niño travieso
Cazando mariposas;
Las cazaba el bribón, les daba un beso,
Y después las soltaba entre las rosas.

Por tierra, en un estero,
Estaba un sicomoro;
Le da un rayo de sol, y del madero
Muerto, sale volando un ave de oro.

LA PERLA DE LA MORA

Una mora de Trípoli tenía
Una perla rosada, una gran perla,
Y la echó con desdén al mar un día:
—¡Siempre la misma! ¡ya me cansa verla!
Pocos años después, junto a la roca
De Trípoli . . . ¡la gente llora al verla!
Así le dice al mar la mora loca:
—¡Oh mar! ¡oh mar! ¡devuélveme mi perla!

CADA UNO A SU OFICIO

FABULA NUEVA DEL FILOSOFO NORTEAMERICANO
EMERSON

La montaña y la ardilla
Tuvieron su querella:
—¡Váyase usted allá, presumidilla!
Dijo con furia aquella;
A lo que respondió la astuta ardilla:
—Sí que es muy grande usted, muy grande y bella;
Mas de todas las cosas y estaciones
Hay que poner en junto las porciones,
Para formar, señora vocinglera,
Un año y una esfera.
Yo no sé que me ponga nadie tilde
Por ocupar un puesto tan humilde.
Si no soy yo tamaña
Como usted, mi señora la montaña,
Usted no es tan pequeña
Como yo, ni a gimnástica me enseña.
Yo negar no imagino
Que es para las ardillas buen camino
Su magnífica falda:
Difieren los talentos a las veces:
Ni yo llevo los bosques a la espalda,
Ni usted puede, señora, cascar nueces.

INDICE

Nota editorial	5
Nota biográfica	6
Tres héroes (Bolívar, Hidalgo y San Martín) ..	15
Los dos ruiseñores	23
Cuentos de elefantes	36
La muñeca negra	46
Bebé y el Señor Don Pomposo	56
Meñique	61
Los chinos en Nueva York	83
El centenario de Washington	92
La estatua de la Libertad	102
Testamento político	105
El padre Las Casas	109
Carta a la madre	121

POESÍAS

VERSOS SENCILLOS	125
Cultivo una rosa blanca	125
Tiene el leopardo un abrigo	125
Si ves un monte de espumas	126
Yo quiero salir del mundo	126
Yo pienso, cuando me alegro	127
Yo quiero cuando me muera	127
Cuando al peso de su cruz	127
Yo sé de un pesar profundo	127
Yo que vivo, aunque me he muerto	127
Los dos príncipes	128
Los zapaticos de rosa	130
Dos milagros	137
La perla de la mora	138
Cada uno a su oficio	139

860 (729.1)
MAR

PAGINAS ESCOGIDAS, de José Martí, para la Colección "Programa", se terminó de imprimir el día 6 de Septiembre de 1939, en los Talleres Gráficos de la Editorial ARAUJO, Rivadavia 1765, Buenos Aires (República Argentina). ::

COLECCIÓN PROGRAMA

28 VOLÚMENES APARECIDOS

- 1.-El Lazarillo de Tormes, D. H. de Mendoza 0.50
- 2.-Novelas Ejemplares, M. de Cervantes: Rinconete y Cortadillo. - El Licenciado Vidriera 0.50
- 3.-Herman y Dorotea, Goethe. 0.50
- 4.—El Sí de las Niñas, L. F. de Moratín 0.50
- 5.-Novelas Ejemplares, M. de Cervantes: El Celoso Extremeño. - La Ilustre Fregona 0.50
- 6.-Novelas Ejemplares, M. de Cervantes: La Española Inglesa. - El Amante Liberal. - La Fuerza de la Sangre 0.50
- 7.-Fuenteovejuna, Lope de Vega 0.50
- 8.-Entremeses. I. - M. de Cervantes: El juez de los divorcios. - La elección de los alcaldes de Daganzo. - La guarda cuidadosa. - El rufián viudo llamado Trampagos 0.50
- 9.-Entremeses. - II. - M. de Cervantes: El retablo de las maravillas. - Los habladores. - La cueva de Salamanca. - La cárcel de Sevilla. - El hospital de los podridos. - El viejo celoso 0.50
- 10.-Historia de Belgrano y de la Indep. Argentina, INTRODUCCION, B. Mitre. 0.50
- 11.-El Conde Lucanor, Don Juan Manuel 0.50
- 12.-La Verdad Sospechosa, J. R. de Alarcón 0.50
- 13.-Hamlet, W. Shakespeare. 0.50
- 14.-La Cautiva, E. Echeverría, Fausto, E. del Campo 0.50
- 15.-M'hijo el Doctor, Florencio Sánchez 0.50
- 16.-Las de Barranco, G. de Laferrere 0.50
- 17.-Barranca Abajo, Florencio Sánchez 0.50
- 18.-La Vida es Sueño, Calderón de la Barca 0.50
- 19.-Apología de Sócrates, Platón 0.50
- 20.-Peribáñez, Lope de Vega. 0.50
- 21.-El Burlador de Sevilla, T. de Molina 0.50
- 22.-La Gitanilla. M. de Cervantes 0.50
- 23.-Romeo y Julieta, W. Shakespeare 0.70
- 24.-La Dorotea, L. de Vega. 0.70
- 25.-Elementos para Iniciación Literaria. - I. - G. Mortillaro y R. T. Elizondo ... 0.70
- 26.-Elementos para Iniciación Literaria - II. - G. Mortillaro y R. T. Elizondo ... 0.70
- 27.-Páginas Escogidas (Prosa y verso), José Martí. 0.70
- 28.-El desdén con el desdén, comedia en tres actos, en verso, Agustín Moreto .. 0.50

TRATADO DE MITOLOGIA, GRECO-ROMANA, AMERICANA Y UNIVERSAL, por S. Swarthy, profusamente ilustrado y siguiendo a los más notables tratadistas de la materia. Formato 20½ x 14½, encuadernado lujosamente en tela. \$ 4.00

OBRAS DE INTERÉS DIDÁCTICO

CODIGO DE COMERCIO al día. Especial para estudiantes de las Escuelas de Comercio. Encuadernado en tela (3a. edición)	\$ 1.00
CODIGO CIVIL, único completo con las notas del Dr. Vélez Sársfield. (2a. edición). Especial para Facultades y Escuelas de Comercio	\$ 4.00
SARMIENTO (Anecdotario), por G. Mortillaro. En rúst., tapa con retrato de Sarmiento (2a. ed.) .	\$ 1.00
Encuadernado en tela con busto dorado en relieve de Sarmiento	\$ 2.00
VIDA DE DOMINGUITO, por Domingo F. Sarmiento. En rústica, con retrato a bicolor del autor	\$ 1.00
VALORES DE LAS LITERATURAS DE HISPANO AMERICA, por María R. Maurice de Mota del Campillo. Un volumen rústica de 448 páginas	\$ 4.00
MANUALIDADES: ARTES DECORATIVAS, por la Prof. Elena Castro de Bordigoni. Profusamente ilustrada con ejemplos de labores	\$ 4.50
HISTORIA DE LA MUSICA (1er. año), por S. J. Salas, P. I. Pauletto y P. J. Salas	\$ 1.50
HISTORIA DE LA MUSICA (2.º año), por los mismos autores. (En prensa)	\$
HISTORIA DE LA MUSICA (3er. año), por los mismos autores	\$ 2.50

Curso completo de Francés

Por M. T. GIRAUDY

(Para Escuelas Normales, Liceos, Incorporados y Academias de Comercio)

(6a. edición)

APPRENONS LE FRANÇAIS (1er. año)	\$ 2.20
" " " (2.º ")	2.20
" " " (3er. ")	2.40
" " " (4.º ")	2.40
APPRENONS LES VERBES	1.00



DISTRIBUIDORES:
Editorial GRABO
Luis Sáenz Peña 788
BUENOS AIRES



Precio:
\$ 0.70